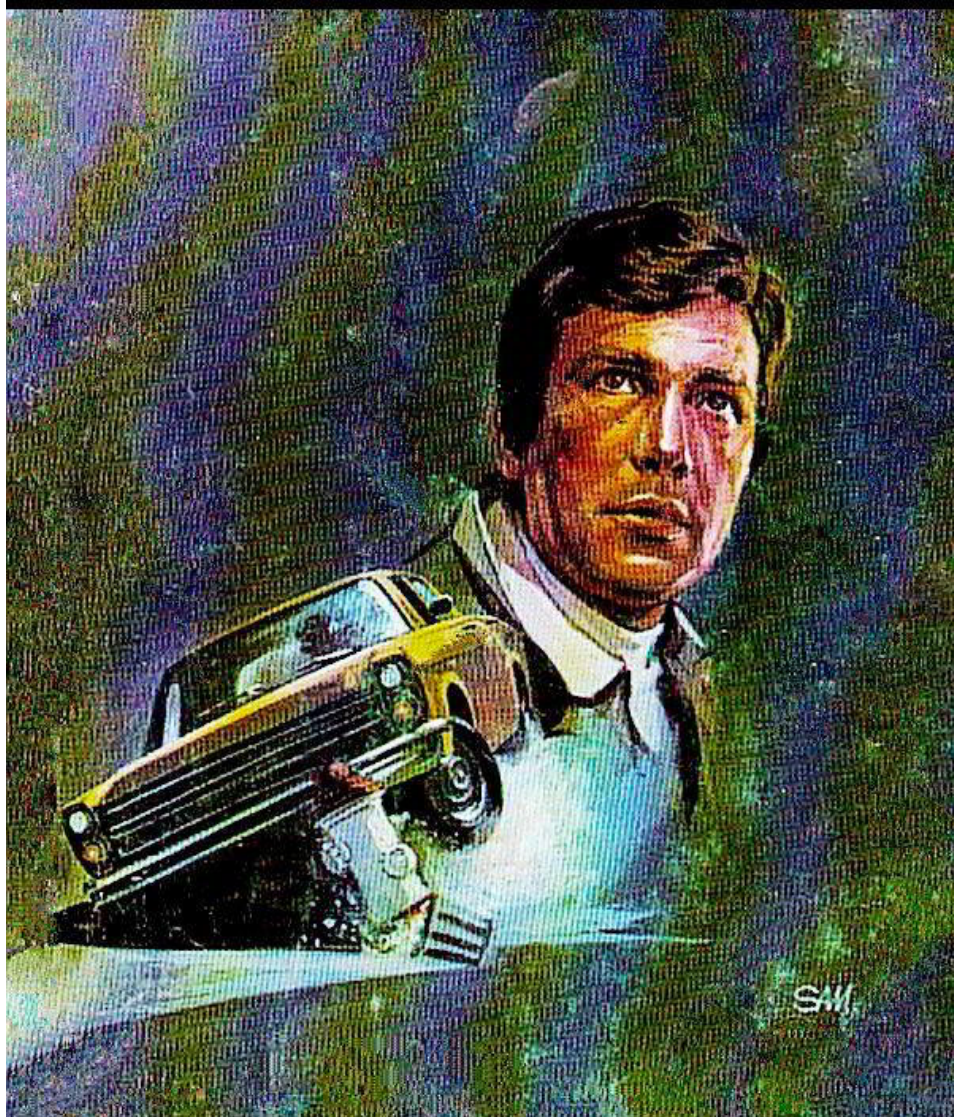


SERVICIO
SECRETO

SS

EL DINERO NO TIENE OLOR

Clark Carrados



La noche estaba clara y el tiempo era agradable. Marvin Keagle decidió volver a pie a su casa, a fin de desentumecer un poco los músculos de sus piernas. Se había quedado más tiempo de lo necesario a fin de dejar resuelto un asunto de cierta importancia, cosa que, al fin, había conseguido, no sin meditar a fondo todas las implicaciones del mismo. En recompensa, se quedaría al día siguiente un rato más en la cama, y acudiría a su trabajo sin prisas. Se había comunicado con su jefe, quien después de conocer la buena noticia, había dado su aprobación a la decisión del joven.

Keagle era joven, ya que aún estaba por cumplir los veintiocho años. Tenía una salud a prueba de bombas, una inteligencia más que mediana y era moderadamente ambicioso. Vivía solo en un apartamento cómodo, decorado por él mismo, según sus propios gustos, del que cuidaba una mujer que acudía cinco días a la semana; tenía ya unos miles de dólares ahorrados en el Banco y, por el momento, no sentía inclinaciones de encadenarse a ninguna mujer en lo que los pedantes suelen llamar «dulce yugo del matrimonio».



Clark Carrados

El dinero no tiene olor

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1561

ePub r1.0

Lds 27.01.19

Título original: *El dinero no tiene olor*

Clark Carrados, 1980

Cubierta: Jorge Sampere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

La noche estaba clara y el tiempo era agradable. Marvin Keagle decidió volver a pie a su casa, a fin de desentumecer un poco los músculos de sus piernas. Se había quedado más tiempo de lo necesario a fin de dejar resuelto un asunto de cierta importancia, cosa que, al fin, había conseguido, no sin meditar a fondo todas las implicaciones del mismo. En recompensa, se quedaría al día siguiente un rato más en la cama, y acudiría a su trabajo sin prisas. Se había comunicado con su jefe, quien después de conocer la buena noticia, había dado su aprobación a la decisión del joven.

Keagle era joven, ya que aún estaba por cumplir los veintiocho años. Tenía una salud a prueba de bombas, una inteligencia más que mediana y era moderadamente ambicioso. Vivía solo en un apartamento cómodo, decorado por él mismo, según sus propios gustos, del que cuidaba una mujer que acudía cinco días a la semana; tenía ya unos miles de dólares ahorrados en el Banco y, por el momento, no sentía inclinaciones de encadenarse a ninguna mujer en lo que los pedantes suelen llamar «dulce yugo del matrimonio».

En suma, era feliz y lo hubiera sido más, de no ser por aquel pequeño lunar que, en ocasiones, amargaba su existencia: no era un hombre alto —aunque en modo alguno se le podía calificar de bajo—, y su aspecto era más bien insignificante. Keagle ofrecía el aspecto exacto de lo que era: un oficinista. Pero, eso sí, distinguido y con gran capacidad, enormemente apreciado por su jefe y con excelentes perspectivas para el futuro.

Su jefe se lo había dicho en más de una ocasión:

—Termine usted su carrera; consiga el título y un día podrá convertirse en socio de la firma. El señor Johnstone se retirará

dentro de un par de años y yo podría intervenir muy muy bien a su favor en el consiguiente consejo que se celebrará entonces, para cubrir su vacante. Con el título de abogado en el bolsillo, mi propuesta encontraría escasa oposición, si es que encuentra alguna.

Keagle había empezado a considerar la situación. No era estrictamente ambicioso de dinero, si bien consideraba que un puesto de ejecutivo le daría mucha mayor libertad que la que disfrutaba hasta ahora. Podría matricularse en los cursos nocturnos y...

De repente, sus sueños se vieron cortados por el estridente alarido de una mujer, que parecía hallarse en grave peligro.

Keagle se detuvo en el acto. Estaba todavía a unos mil metros de su casa, atravesando un barrio residencial, habitado por gentes más bien modestas. Las casas eran unifamiliares, casi todas iguales y rodeadas por un pequeño jardín. Súbitamente, vio que se abría una puerta.

El rectángulo de luz iluminó la silueta de una mujer que chillaba agudamente, a la vez que corría desalada, huyendo de algo que le infundía verdadero pánico.

Keagle se había detenido casi justo frente a la puerta y, durante unos segundos, se sintió perplejo.

Ella atravesó el jardín. La perplejidad del joven aumentó al darse cuenta de que estaba casi completamente desnuda.

Pero en el mismo instante, divisó a un hombre que corría tras ella, enarbolando un grueso cinturón de cuero.

—¡Ven aquí, maldita zorra! —gritó el sujeto—. He dicho que vengas, condenada ramera...

La mujer, apreció Keagle en una fracción de segundo, había sido hermosa en tiempos, no cabía ninguna duda. Ahora se la veía ajada, con el rostro gastado por los sufrimientos y el pelo revuelto. Tenía alrededor de cuarenta años, quizá cuarenta y cinco.

El hombre era gigantesco, de más de dos metros de altura y ciento diez kilos de peso, con una cara de bruto imponente y, según apreció Keagle, con algo más de una copa en su enorme corpachón.

De pronto, la mujer tropezó y cayó al suelo, a cuatro pasos de distancia de Keagle. El gigante saltó hacia ella.

—¡Déjela! —gritó Keagle.

El hombre le miró aviesamente.

—Chico, éste no es asunto que te importe —dijo.

Y descargó un terrible latigazo sobre la desnuda espalda de la mujer.

Ella lanzó un alarido de agonía. Furioso, Keagle saltó hacia adelante y descargó un puñetazo contra la nariz del colérico individuo.

—Conque tienes ganas de pelea, ¿eh? —dijo torvamente.

—Deje a esa mujer, canalla —gritó Keagle—. ¿No le da vergüenza? ¿De qué pasta está hecho usted, grandísimo canalla?

El gigante cargó contra él. Keagle se echó a un lado, pero dejó extendida la pierna derecha. El otro tropezó y cayó cuan largo era, profiriendo espantosas maldiciones.

A pesar de su corpulencia, era ágil y se levantó casi de inmediato. A poca distancia de ellos, todavía en el suelo, la mujer sollozaba amargamente.

—¡Te voy a...! —rugió el sujeto, a la vez que blandía sus puños como si fuesen bolas de hierro al extremo de sendas cadenas.

Pero casi en el mismo instante, se vio el chisporroteo de unas luces, a la vez que se percibía el aullido de una sirena policial. El coche de patrulla se detuvo segundos después, frente a los protagonistas de la escena.

Keagle extendió un brazo.

—¡Detengan a ese hombre! —gritó—. Estaba torturando a esa pobre mujer...

Ella continuaba todavía en el suelo, víctima de una crisis nerviosa. Compasivo, Keagle se quitó la chaqueta y cubrió su cuerpo.

—Vamos a su casa, señora —dijo persuasivamente.

El gigante había estimado que la resistencia a los policías podría empeorar su situación y se estaba quieto. Uno de los agentes se acercó a la mujer.

—Señora, ¿es cierto que ese hombre la torturaba? —preguntó.

—Sí —contestó ella—. Me rasgó las ropas, me dio de bofetadas... y luego me azotó con el cinturón... Enciérrenlo, no quiero volver a verlo en los días de mi vida...

—Será mejor que vayamos a su casa; allí podrá vestirse —aconsejó Keagle.

El colérico gigante, esposado, quedó en el coche, mientras uno

de los policías entraba en la casa para tomar nota de lo sucedido. También llamó a un médico.

Keagle regresó a su casa algo más tarde de lo calculado. Aquella pobre mujer, Sara Bolton, era realmente desgraciada...

El tiempo empezó a pasar y Keagle acabó por olvidar el incidente. De pronto, cuando menos lo esperaba, tres meses más tarde, recibió una insólita llamada.

* * *

En la puerta del cuarto, el médico le miró fijamente:

—Procure no cansarla —dijo—. Está muy mal.

—¿Qué tiene, doctor?

—Un balazo en mal sitio. No creo que llegue a mañana.

—¿Se sabe quién disparó contra ella?

—No. Alguien oyó un tiro, luego un grito de ella, se asomó a la ventana, la vio caer al suelo y llamó a la policía; eso es todo lo que puedo decirle.

—Gracias, doctor.

Keagle entró en el cuarto. Sara yacía en la cama, con el rostro tan blanco como las sábanas. Al verle, se esforzó por sonreír.

—Señor Keagle...

El joven tomó una de sus manos.

—Animo, señora —sonrió—. Pronto saldrá de ésta...

Ella meneó la cabeza.

—No —contestó—. Presiento que voy a morir... Señor Keagle, ¿puedo llamarle Marvin?

—Mejor Marv, como hacen todos —contestó él—. Señora Bolton, ¿quién ha sido...?

—Dejemos eso ahora, Marv... No tengo mucho tiempo... Mire ese sobre que hay encima de la mesilla...

—Sí, lo veo.

—Tómelo, hay algo para usted. Es usted el único que hizo algo por mí...

—Por favor, no se fatigue.

—Escucha, Marv —ella le tuteó de repente—. Tengo una hija... No sé dónde está... Búscala... Dile que, aunque tarde, he visto que ella tenía razón... Se llama Gretchen... Si la encuentras, dile que me

perdone... Yo estaba ciega...

La cara de la mujer se crispó de repente en un ramalazo de dolor. Un leve quejido brotó de sus labios sin color.

—No tengo a nadie en este mundo —continuó después—. Sam se marchó después de aquel suceso... y no sé dónde está... Hubo un tiempo en que llegué a amarlo, antes de darme cuenta de que era un bruto, soez, repugnante, verdaderamente ruin... Marv, a pesar de todo, pude conservar mi pequeña fortuna... Son unos cien mil dólares y están invertidos... Ahí, en el sobre, se detalla todo; ha estado un abogado y hemos hecho las cosas legalmente, con documentos firmados por testigos... Administra ese dinero para Gretchen... Cuida de ella...

—Pero, señora... —dijo Keagle; completamente desconcertado.

Sara se esforzó por sonreír.

—¿Te extraña? Después de aquella horrible noche, cuando me repuse, traté de indagar sobre ti... Pero no me atreví a buscarte, para decirte lo que ahora estás oyendo... Pensaba que me tomarías por una vieja chiflada...

—Vamos, usted no es una vieja. ¿A quién se le ha ocurrido semejante idea? —exclamó Keagle, tratando de dar ánimos a la agonizante.

—Eres... un buen muchacho... Hay también algo para ti... en el testamento... Quiero demostrarte mi gratitud con algo más que palabras...

De repente, empezaron a fluir las lágrimas de los ojos de Sara.

—He sido muy desgraciada...

Keagle dio unas cuantas palmaditas en su mano.

—Animo, Sara; saldrá de ésta, ya lo verá.

Ella volvió a sonreír.

—Por favor... No te marches, Marv...

Lane permaneció en la habitación toda la noche. De cuando en cuando, Sara decía algo y él se esforzaba por contestar. Cerca del amanecer, ella empezó a delirar. Sus frases se hicieron incoherentes; era evidente que su mente ya no regía.

Cuando entraba el primer rayo de sol en la habitación, Sara sufrió una terrible convulsión. Un grito escapó de sus labios:

—¡Gretchen! Hija... mía...

Su cuerpo se relajó de pronto y dejó escapar un largo suspiro.

Luego su cabeza se dobló a un lado.

Sus ojos habían quedado abiertos. Keagle los cerró piadosamente y rezó para que aquella infeliz mujer hallase en el otro mundo la paz que en éste no había podido encontrar.

* * *

En el sobre, además del testamento, Keagle encontró otros varios documentos, uno de ellos referente a los poderes legales que le habían sido conferidos para administrar la fortuna de Sara.

Otro de los documentos era un título de propiedad de un rancho situado a unos cien kilómetros al nordeste de Dallas. En él se detallaban las características de la propiedad, así como sus límites. No era un rancho muy grande, se dijo Keagle, después de la lectura del documento. Unas doscientas cincuenta hectáreas.

Pero era «su» rancho. Sara se lo había otorgado en el testamento.

—Vaya, quién lo iba a decir —murmuró, una vez conocida la noticia—. Yo, propietario de un rancho...

Keagle fue el único que asistió a los funerales y entierro de Sara. Cuando terminó la fúnebre ceremonia, se preguntó cómo podría dar con el paradero de Gretchen.

Había una solución: un anuncio en los periódicos. Así lo hizo y, durante varias semanas, esperó a que la hija de Sara contestase a su llamada.

Pero Gretchen, si había leído los anuncios, no se dio por enterada. Keagle empezó a pensar en la conveniencia de contratar los servicios de un detective privado para encontrar a la muchacha que, según le había dicho su infortunada madre, debía de contar por aquel entonces unos veintitrés años.

Entonces, casi inesperadamente, se echó encima la época de vacaciones. Keagle había trabajado duro y firme y se dijo que era llegado el momento de tomarse un buen descanso, cosa que su jefe aprobó sin mayores dificultades.

También había llegado el momento de conocer «su» rancho.

CAPÍTULO II

Detuvo el coche y contempló con expresión incrédula el desolado panorama que se extendía a su alrededor. ¿Aquello era «su» rancho?

Sacó un plano del portafolios que había llevado consigo y lo estudió nuevamente. No, no había la menor duda; estaba en sus tierras.

En aquel lugar desértico sólo crecían los matorrales. Había un par de olmos, cubiertas las hojas de polvo y, un poco más allá, una casa desvencijada y que se caía a pedazos. Sara Bolton, pensó, había sido demasiado optimista al llamar rancho a aquel pedazo de desierto.

Apeándose del coche, caminó hacia la casa. Empujó la puerta, pero ésta, en lugar de abrirse, cayó al suelo, levantando una nube de polvo. Keagle tanteó con el pie el suelo de tablas. Parecía relativamente firme.

Recorrió la casa. Sólo quedaban algunos muebles viejos, carcomidos, uno de los cuales era un anticuado escritorio de persiana.

Se acercó al mueble y levantó la persiana, que chirrió desagradablemente. Entonces vio una fotografía encima de una carpeta, cuyo cuero estaba ya podrido.

El retrato, apreció, era relativamente reciente. En el anverso vio impresa la dirección del fotógrafo y la fecha. Dos años de antigüedad, advirtió de inmediato.

La joven retratada era muy hermosa, de cabellos intensamente rubios, silueta escultural.

Era fácil advertir su parecido con Sara Bolton.

—Es guapa —murmuró.

Guardó la fotografía. Por el sello del anverso, podría encontrar

al fotógrafo. Éste le diría, sin duda, dónde podía hallar a Gretchen.

Salió de la casa. El sol caía a plomo, lanzando rayos de fuego sobre la tierra. Keagle sintió sed y lamentó no haber llevado alguna bebida consigo. Pero allí veía un pozo...

El pozo aparecía completamente seco. Sin embargo, a unos cien metros de distancia, vio una mancha de humedad.

En la casa encontró un vaso, que limpió con su pañuelo. La mancha de humedad procedía de un delgado hilillo de agua, que nacía de un ribazo de unos tres metros de altura. Al llegar allí, vio que el agua brotaba poco menos que gota a gota y que, casi inmediatamente, era absorbida por el reseco terreno. Puso el vaso bajo la fuentecilla y esperó pacientemente a que se llenase. Luego lo llevó a la boca.

Casi inmediatamente, escupió con fuerza, a la vez que lanzaba una interjección.

—¡Puah, qué sabor tan horroroso! —exclamó.

De pronto, se quedó rígido, contemplando el vaso todavía mediado. Empezó a temblar de excitación. El gusto del agua era inconfundible.

—Dios mío, ¿será cierto...?

Su brazo estaba todavía extendido, con el vaso mediado de líquido a la altura de los ojos. De repente, el vidrio saltó en mil pedazos, a la vez que se escuchaba una fragorosa detonación.

* * *

Keagle percibió el silbido de la bala que había destrozado el vaso. Inmediatamente, se tiró al suelo.

«Eh, oiga, que yo no soy Kennedy», estuvo a punto de gritar, amargamente sarcástico.

Sonó otra detonación. El proyectil levantó una nube de polvo a dos palmos de distancia.

Keagle se sentía terriblemente desconcertado. ¿Quién disparaba contra él? ¿Qué daño había hecho a nadie?

Los disparos, advirtió, venían de un lugar situado a su izquierda. El ribazo quedaba a su derecha. Saltaría y...

De pronto, oyó el ruido de un automóvil que se acercaba a toda velocidad, dejando una estela de polvo. ¿Otro asesino?, se preguntó.

El coche se detuvo con gran chirrido de frenos en las inmediaciones de la casa. Dos hombres saltaron al suelo.

—Déjalo que se vaya, Tacey —gritó uno de ellos—. Ya lo encontraremos, no te preocupes.

Keagle se atrevió a levantar un poco la cabeza. El hombre que había hablado primeramente hizo bocina con las manos a ambos lados de la boca y gritó:

—¡Señor Keagle! ¡Puede salir, somos amigos!

El joven se levantó del todo. Los dos hombres corrieron hacia él. Keagle observó el rifle que llevaba el segundo.

Levantó los brazos.

—No tiren, me rindo —dijo.

Los dos individuos rieron. El primero se acercó y le estrechó la mano con fuerza.

—Tenía ganas de conocerle, señor Keagle —manifestó sorprendentemente—. Éste es Tacey, mi guardaespaldas. Yo soy Matthew King, de la King & Texan

Oil. A decir verdad, hacía tiempo que andábamos detrás de usted.

—Parece que no era el único, señor King —respondió el joven—. Me han disparado por dos veces...

—Puede estar seguro de que ya no intentarán atentar contra su vida —declaró King—. Ese tipo nos ha visto e informará de ello a quien le ordenó quitarle a usted de en medio. Le garantizo que ya no se repetirá.

—Muy seguro está de ello. A mí todavía me tiemblan las piernas... Oiga, ¿no tendrán algo de beber en su coche? Vine a la fuente, porque tenía sed, pero el agua es impotable.

—¡Claro que no se puede beber! —rió King—. Tracy, ¿quieres traer cerveza fresca?

—Sí, señor, al momento —contestó el del rifle, un gigantesco individuo de pelo negro, ojos oscuros y piel atezada.

—Tacey es mi fiel guardaespaldas —explicó King—. Medio comanche, ¿sabe?

Keagle se pasó la mano por la cabeza.

—Respetará mi cabellera, supongo.

—Ya ha abandonado esa vieja costumbre —contestó King jovialmente.

De pronto, le miró con fijeza. Keagle le contempló a su vez.

Matthew King era un tejano alto, delgado, de rostro pétreo, en el que destacaban dos ojos que parecían sendos pedacitos de hielo. Un verdadero capitán de empresa, pensó Keagle. Un tipo duro, evidentemente, pero en el que se podía confiar, si uno llegaba a ser su amigo.

Tacey llegó con una nevera portátil. Keagle recibió en la garganta la confortante frescura de la cerveza. Se limpió los labios con un pañuelo y sonrió al ver el enorme habano que le tendía King.

—Gracias, pero no acostumbro —contestó—. Si no le importa, prefiero un cigarrillo.

—A su gusto —dijo el tejano—. Señor Keagle... Bueno, qué diablos, te llamaré Marv. A fin de cuentas, vamos a ser amigos... Tengo unos diez años más que. Tú, pero puedes llamarme Matt.

—Como quieras —sonrió el joven—. Parece como si tuvieras que decirme algo importante.

—En efecto. ¿Eres el dueño de este rancho?

—Sí.

—Tendrás los documentos que lo prueben.

—¡Por supuesto!

—Menos mal —suspiró King—. Hemos estado años enteros buscando al propietario de este rancho. ¿Sabes?, casi todos los terrenos colindantes pertenecen a la K & T...

y yo soy el primer accionista.

—Lo celebro, Matt.

—Bien, queremos comprarte el rancho. Si, como dices, has bebido de aquella fuente, comprenderás los motivos de nuestro interés.

Keagle lanzó una penetrante mirada a su interlocutor.

—Esto no vale nada... —rezongó.

—Vale diez millones, Marv —aseguró King.

Keagle oyó aquellas palabras y estuvo a punto de desmayarse.

* * *

Para Keagle, los días que siguieron fueron una especie de

ensueño. Flotaba sobre una alfombra de nubes y las visiones de riqueza eran constantes en su imaginación.

Sin embargo, supo conservar la cabeza firme. Hubo un cierto regateo y, al fin, King aceptó su proposición: los diez millones al contado y el cinco por ciento anual de los beneficios brutos, sobre la base de aquella cifra.

—Eres un vampiro —rió King, al aceptar sus condiciones—. Me chupas la sangre...

—Tú vas a ganar mucho más —contestó Keagle—. No creo que puedas quejarte.

—Honradamente, no, no me quejo; a decir verdad, es un buen negocio. Pero Jed Jaspers quería quedárselo por mucho menos dinero.

—Jaspers es el que, según tú, pagó a aquel pistolero para que me quitase de en medio.

—Lo sospecho y, aunque podría jurar que fue él, no tengo pruebas —declaró King.

—En fin, si se ha enterado de nuestro trato, sospecho que me dejará en paz. ¿Cuánto crees que hubiera ofrecido Jaspers por el rancho?

—El valor de un cartucho de rifle, Marv.

Keagle se puso rígido.

—Demonios —comentó.

—Has tenido ocasión de comprobarlo, me parece —dijo King—. Bien, ¿qué te parece si lo celebramos esta noche en el Royal Star? Es el mejor local de Dallas, con la mejor cocina y las mejores atracciones. —King le guiñó un ojo—. Eres soltero y podrás elegir entre alguna de las chicas que abundan por aquel sitio. La última *Miss Universo* parecería una birria al lado de la más fea de las que trabajan en el Royal. Se chiflan por los petroleros tejanos.

—Yo no soy tejano, King —rió el joven.

—Pero eres petrolero —contestó King con una ruidosa carcajada.

* * *

El Royal Star era, en efecto, todo lo que había descrito King y aún se había quedado corto. La cena resultó exquisita. En el

escenario, las atracciones eran magníficas. Las mujeres que pululaban por la sala eran todas realmente atractivas. Animado por el champaña, Keagle empezó a pensar en la conveniencia de elegir una de aquellas beldades, para seguir bebiendo champaña en algún lugar menos concurrido.

De pronto, el presentador llegó al escenario y anunció la actuación de una cantante: Lisa Luthman. La artista salió a poco e inició su número.

Keagle sintió que se le salían los ojos de las órbitas.

Era una hermosa mujer la que entonaba una dulce balada detrás del micrófono, vestida con un mínimo de tela y con los largos cabellos rubios sueltos por la espalda desnuda. Keagle conservaba todavía la fotografía que había encontrado en el viejo escritorio del rancho.

—¡Dios mío! ¡Es Gretchen Bolton! —exclamó.

—¿Cómo dices? —preguntó King.

—Sí, la hija de Sara... Fui al fotógrafo y me dijo que no tenía la menor noticia de su paradero...

King conocía la historia y no se mostró menos asombrado que el joven.

—Marv, ¿estás seguro de que no te equivocas?

—Segurísimo —respondió Keagle—. Tengo la fotografía en el hotel. Si quieres, te la enseñaré más tarde...; pero ahora tengo que ir a hablar con esa chica. No debes olvidar que he de entregarle los cien mil dólares que le dejó su madre.

—Bueno, si quieres, te acompañaré. Tú eres forastero y podrían ponerte objeciones. A mí me conocen y me permitirán entrar sin dificultades en los camerinos.

—Te lo agradeceré, Matt.

Los dos hombres se levantaron apenas la artista hubo terminado la actuación. King habló primero con el *maître* y éste les envió al jefe de personal, quien les acompañó directamente al camerino de la cantante.

El hombre llamó a la puerta.

—¡Señorita Luthman!

Mientras esperaban a que la puerta se abriese, Keagle se preguntó qué le habría impulsado a Gretchen a cambiarse el nombre. Quizá Lisa Luthman resultaba más eufórico para una

artista, se dijo.

El jefe de personal volvió a llamar. Al ver que la artista no contestaba, se sintió desconcertado.

—No me lo explico...

—Será mejor que abra —aconsejó King.

—Sí, señor.

El empleado abrió la puerta. Inmediatamente lanzó una exclamación.

—¡No está!

Keagle se precipitó dentro del camerino. Pasó al otro lado del biombo y sólo pudo ver unos trapos caídos en el suelo.

De pronto, King exclamó:

—¡Marv, no es necesario que sigas buscando!

Keagle se volvió. El tejano señalaba la ventana, abierta de par en par.

—Escapó —dijo King.

El joven se asomó a la ventana. Daba a la explanada de estacionamiento y estaba situada a dos metros escasos del suelo.

—¿Por qué habrá escapado? —se preguntó, terriblemente perplejo.

—Será mejor que la busquen en el hotel —recomendó el jefe de personal—. Puedo indicarles el nombre.

—Sí, es una buena idea, gracias.

Gretchen no estaba tampoco en el hotel. Según les manifestaron en recepción, había hecho el equipaje, marchándose de inmediato, tras abonar su cuenta. No había dejado señas ni siquiera el menor rastro que pudiera dar una pista sobre su paradero.

Lógicamente, Keagle se sintió muy decepcionado, aunque sin perder la esperanza de encontrar algún día a Gretchen. Había llegado a creer que se trataba de alguna alucinación de la pobre Sara Bolton, pero los hechos habían demostrado que la existencia de su hija era algo real y tangible.

Pero, a pesar de sus esfuerzos, Gretchen desapareció como si se la hubiese tragado la tierra.

CAPÍTULO III

Keagle terminó de arreglarse el lazo negro frente al espejo y sonrió satisfecho. La vida era bella, se dijo, mientras el impecable mayordomo le ayudaba a ponerse la chaqueta color vino, con solapas negras de raso.

—El señor, supongo, vendrá tarde a casa.

—Eso espero, Sylvan —contestó el joven—. No hace falta que me espere levantado.

—Gracias, señor. ¿Qué coche desea que le prepare el señor?

—Usaré el «Mercedes» descapotable. Debo deslumbrar a una dama, pero no tanto que se aterre si me viera llegar en el «Cadillac», con chófer uniformado. Que es usted, claro, Sylvan.

—El señor es muy amable conmigo. ¿Desea que indique al ama de llaves algo en particular para el día de mañana?

—No, gracias; no creo tener compromisos.

Sylvan, abreviatura de Sylvams, le tendió la valiosa pitillera de oro, con sus iniciales en diamantes, y el encendedor, a juego. Silbando alegremente, Keagle se encaminó hacia la puerta de la calle, en donde esperó a que el mayordomo llegase con el automóvil, un fastuoso Mercedes descapotable de color rojo vino.

—Buenas noches, Sylvan.

—Buenas noches, señor. Deseo al señor una agradable velada.

Keagle sonrió. Sí, la velada iba a ser muy agradable. Ella era una joven muy hermosa, tierna y apasionada a un tiempo. Tenía casi todo lo que un hombre puede esperar de una mujer.

Mientras conducía, pensó en el cambio tan radical que había dado su existencia. Ahora poseía una hermosa casa, con mayordomo y ama de llaves, dos lujosos automóviles, un pequeño yate de recreo... y ninguna preocupación, excepto la de tener el

saco permanentemente abierto debajo del grifo que no dejaba de manar permanentemente, todo ello, se dijo, por haber sido amable con una mujer maltratada por la existencia. Pobre Sara Bolton, pensó. ¿Por qué habría ido a caer en las garras de aquel bruto?

Dejó aquellos pensamientos de lado. Podían estropearle la noche y la joven que le aguardaba no lo merecía.

De pronto, cuando frenaba para detenerse ante un semáforo rojo, vio que otro coche se emparejaba con el suyo. Por el momento no prestó la menor atención a su conductor. Mientras esperaba a tener paso libre, tarareaba una canción de moda, a la vez que llevaba el compás, golpeando el volante con los dedos.

La luz se hizo verde. En el mismo instante, Keagle percibió un extraño movimiento con el rabillo del ojo.

Volvió la cabeza. El conductor del otro coche le apuntaba con una pistola.

Keagle se echó vivamente hacia atrás. La bala le rozó la mandíbula y se perdió a lo lejos. Al mismo tiempo, el otro coche arrancaba a toda velocidad, tras un brutal pisotón del conductor al acelerador.

Durante unos segundos, no supo qué hacer, aterrado e indignado a un tiempo. Estaba claro que habían intentado asesinarle, pero ¿por qué?

No tenía enemigos ni su muerte, esperaba, podía reportar beneficios a nadie. Acaso aquella tentativa de asesinato se debía al impulso incontenible de un maniático.

Pero no era una explicación satisfactoria. Un maniático no habría temido al ruido del disparo... y el autor del atentado había empleado un arma con silenciador. Profundamente preocupado, reanudó la marcha, dándose cuenta de que aquel desagradable incidente iba a amargarle la velada.

* * *

A la mañana siguiente, apenas despertarse, llamó a King.

—Matt, tengo que decirte algo importante —manifestó.

—Hombre, yo también quería llamarte a ti. Tengo una excelente noticia...

—Primero hablaré yo, si no te importa. Anoche intentaron

matarme.

—Marv, tú bromeas —dijo el tejano.

—Hablo en serio. Me dispararon un tiro. Si no llego a reaccionar, el tipo me vuela la cabeza.

—¡Demonios! ¿Por qué? ¿Estás metido en algún lío de faldas?

—Matt, no seas tonto. Nunca me enredo con una mujer, si sé que está casada.

—Entonces, no entiendo...

—El día que nos conocimos, me dispararon por dos veces. Me pregunto si Jaspers tendrá algo que ver con esto.

—¿Al cabo de un año? Hombre, Marv, no tendría sentido, me parece a mí. Ya perdió el negocio y, aunque te matase, ¿qué iba a sacar con ello?

—Eso es lo que me gustaría saber —rezongó el joven.

—¿Viste la cara del tipo?

—Muy fugazmente. Me pareció que no tendría más de cincuenta años, pero era más voluminoso que yo... La cara cuadrada, eso sí pude verlo, aunque no capté más detalles.

—Habla con la policía. Ponles sobre aviso.

—Está bien. Ahora dime, ¿cuál es la noticia?

—Marv, me han hecho una oferta por el rancho.

—¿Es buena?

—Veinticinco millones. ¿Qué te parece?

—Hombre, es dinero. Pero el terreno es tuyo...

—Tienes una participación, exactamente del cinco por ciento. Aunque podría vender, dado que poseo la mayoría de las acciones, querría contar con tu consentimiento.

—Esa venta, ¿no tiene cláusulas *a posteriori*, Matt?

—Un doce por ciento de los beneficios. A ti te quedaría el dos por ciento.

—¡Pero yo ahora tengo el cinco, Matt! —protestó Keagle.

—Marvin, tu cinco por ciento actual son quinientos mil anuales. El dos por ciento representará exactamente la misma suma. No perderías nada en absoluto.

—Pero tampoco ganaría.

—Está bien. Subo al dos y medio por ciento. ¿Te conviene?

—Eso ya queda mejor. Vende, Matt.

—Gracias, amigo. Avisa a la policía. Yo procuraré, por mi parte,

indagar si Jaspers tiene algo que ver con el asunto.

—De acuerdo. Llámame en cuanto quede culminada la operación.

—Descuida, Marv. Pásalo bien. Diviértete, no te preocupes por nada.

Keagle colgó el teléfono, sin poder seguir el consejo de King. Sí, estaba preocupado. No sabía por qué, pero la operación de venta de los terrenos le disgustaba. Sin embargo, King era un verdadero experto y debía confiar en él.

Fue al baño y se vistió. De repente, sin saber cómo, se dio cuenta de que había transcurrido un año.

—¡Cuánto ha cambiado mi vida en este tiempo! —murmuró.

Ahora se veía rico, pudiendo satisfacer todos sus caprichos y alejado de preocupación.

—Salvo la de saber quién diablos quiere enviarme al otro barrio —masculó.

Consultó su reloj. Sí, hacía un año exactamente de la muerte de Sara Bolton. Pobre mujer, suspiró. Debía hacer algo para honrar su memoria. ¿Y qué mejor que llevarle un gran ramo de flores a su tumba en su aniversario?

Dos horas más tarde, detenía el Mercedes al pie de la pequeña loma en cuya ladera se hallaba la tumba de Sara. Se apeó del coche, cogió el ramo, enorme, y caminó por encima del césped.

De pronto, se detuvo como herido por un rayo.

Junto a la sepultura había una mujer, joven, esbelta, de abundante cabellera color oro. Vestía un traje gris azulado, con cuello y puños blancos, y tenía la cabeza ligeramente doblada sobre el pecho, de suaves pero agradables contornos.

Keagle procuró dominar la emoción que sentía. Dio unos cuantos pasos más y dijo:

—Hola, Gretchen Bolton.

* * *

Ella se estremeció ligeramente. Volvió la cabeza y dirigió una mirada penetrante al joven. Keagle se dio cuenta de que Gretchen tenía los ojos más bonitos que nunca había visto, muy claros, aunque de color ambarino, una tonalidad realmente extraña, pero,

por lo mismo, infinitamente atractivos.

Durante unos segundos, guardaron silencio. Luego ella sonrió imperceptiblemente.

—Al fin me has encontrado —dijo—. Eres Marvin Keagle, supongo.

—Sí, Gretchen. ¿Te escaparás ahora?

Ella movió la cabeza.

—No, ya no tiene sentido —respondió—. Veo que has traído flores a la tumba de mi madre.

Keagle se inclinó y dejó el ramo sobre la sepultura.

—La conocí muy poco, pero, dejando de lado su infortunio, me pareció una mujer extraordinaria —dijo—. Gretchen, ¿vives en la ciudad?

—Por ahora, sí.

—¿Trabajas en alguna parte?

—No. He dejado de cantar.

—¿Por qué? Lo hacías muy bien.

—Gracias, pero no llegaré nunca a sobresalir... y no quiero seguir siendo una medianía. Ahorré algún dinero..., pero creo que pronto tendré que buscar empleo.

—Gretchen...

—Llámame Grettie, por favor, como lo hacía mamá cuando yo era pequeña.

—Muy bien, Grettie. Por el momento, no necesitas trabajar. Tu madre dejó cien mil dólares para ti y yo soy tu apoderado. Puedo entregarte esa suma cuando gustes, más los intereses legales que han producido durante el año que ha pasado. Pero ¿por qué no hablamos con más tranquilidad en otro sitio?

—Como quieras, Marvin.

Gretchen lanzó una última mirada a la tumba.

—Pobre mamá... A veces me pregunto si hice bien al marcharme de casa. Yo la abandoné en manos de aquel miserable..., pero, aunque se lo propuse infinidad de veces, ella no quiso dejarlo. Para mí, la vida al lado de mi padre se hacía insoportable...

—¡Tu padrastro! —Respingó Keagle.

—No era mi padre auténtico..., pero ya te lo contaré todo. ¿Vamos?

—Sí, como gustes. ¿Dónde está tu coche?

—No tengo. Debía economizar, compréndelo. Vine en el autobús que para por el cementerio...

—El mío está ahí abajo. Te llevaré donde me digas..., aunque opino que un restaurante sería un lugar adecuado.

Gretchen sonrió.

—Sí, es un sitio estupendo —convino.

La joven no pudo evitar un gesto de asombro al ver el Mercedes.

—Tus negocios marchan bien, Marvin —dijo.

—A tu madre se lo debo —contestó él. Abrió la portezuela y ella ocupó el asiento posterior. Dio la vuelta, se sentó tras el volante y accionó la llave de contacto.

Gretchen sacó un pañuelo del bolso y se lo puso en la cabeza, anudándolo en la barbilla. Keagle le entregó la pitillera.

—Enciende dos, por favor.

Durante un momento guardaron silencio. Luego, Keagle dijo:

—Grettie, me gustaría saber por qué abandonaste Dallas tan rápidamente.

—Me habían amenazado de muerte. Tuve que escapar, no me quedaba otra solución.

—¿Quién te amenazó? —se sorprendió él.

—Aunque te he dicho que nunca sería una cantante de primera fila, lo cierto es que en el Royal Star tenía bastante éxito. Había un individuo que me presionaba para que fuese a actuar a su local, mejorándome el contrato, por supuesto. Yo me negué; aquel tipo buscaba algo más que una cantante.

—Comprendo.

—Aquella noche fue al Royal Star, acompañado de uno de sus matones. Yo sabía que tenía que darle una respuesta sin falta. Me entró miedo, créeme.

—Y por eso... desapareciste.

—Sí. ¿Te parece un motivo justificado?

—Mujer, qué cosas tienes... En tu lugar yo habría hecho lo mismo. ¿Estás segura de que ya no te busca?

—Tuve noticias tuyas. Me envió un mensaje con uno de sus matones.

—¿Qué decía ese mensaje?

—No se puede reproducir literariamente —sonrió ella—. Pero,

en síntesis, me enviaba a paseo y me decía que había más mujeres en el mundo.

—Un tipo sensato, no cabe duda. Grettie, tú y yo tenemos que hablar muy en serio —dijo Keagle.

—¿De qué, Marvin?

—Llámame Marv, por favor. Tenemos que hablar del rancho que tu madre me dejó en testamento.

—Oh, la vieja parcela del desierto. Perteneció a mi abuelo, al padre de mi madre, ¿lo sabías?

—No, nunca supe nada, hasta que me lo dijo tu madre.

—Yo nunca le concedí la menor importancia...

Gretchen se interrumpió de súbito. Keagle, extrañado, volvió la cabeza un instante. Entonces apareció en el rostro de la muchacha una expresión de pánico insuperable.

—Grettie, ¿qué sucede? —exclamó alarmado.

—¡«El»! —dijo la joven, aterrada—. «El» de nuevo...

En aquellos momentos, rodaban por una avenida completamente desierta. Antes de que Keagle pudiera reaccionar, un enorme coche negro se cruzó ante el suyo, obligándola pisar el freno a fondo.

Un segundo después, dos hombres desembarcaban del automóvil y, pistola en mano, corrieron hacia el Mercedes.

CAPÍTULO IV

Keagle vaciló. ¿Qué podía hacer él ante dos pistolas, si no llevaba encima ni siquiera una lima para las uñas?

Por un momento pensó en un atraco, pero casi instantáneamente desechó la posibilidad. Los dos sujetos llegaron junto a su coche, uno a cada lado, y les encañonaron con las armas.

—¡Quietos! —ordenó uno de ellos.

El otro agarró la mano de Gretchen y tiró con fuerza.

—Salga, estúpida —ordenó.

—Eh, oiga, ¿qué diablos pasa aquí? —gritó Keagle.

La respuesta fue un golpe que le hizo ver las estrellas. Todo dio vueltas a su alrededor, mientras le parecía que una barra de hierro candente le atravesaba el cráneo. Vagamente entrevió la figura de la muchacha, arrastrada a viva fuerza hacia el otro automóvil. Hubiera querido hacer algo, pero el golpe recibido le había dejado absolutamente sin fuerzas.

A pesar de todo, no había perdido del todo el conocimiento. Incluso, con las pupilas vidriadas, pudo captar la matrícula del coche negro. También divisó un rostro pegado a la luneta posterior, contemplando la operación de secuestro. Luego le acometió una especie de mareo y, de pronto, dejó de ver y oír nada.

El desmayo, sin embargo, fue muy breve, porque pudo ver de nuevo al automóvil negro, ya a gran distancia. Prudente, sin embargo, desistió de perseguir al vehículo, no se encontraba en condiciones de manejar el volante y, además, si quería rescatar a Gretchen, tendría que hacerlo a base de astucia y no por la violencia.

Al cabo de un rato se sintió algo mejor y se aventuró a pisar de nuevo el acelerador. Regresó a casa y el mayordomo se extrañó de

verle con el rostro descolorido.

—¿Le ha sucedido algo malo, señor? —preguntó solícito.

—No, Sylvan... Apenas un leve desmayo, sin consecuencias. Creo que tengo la presión un poco baja...

—Si le parece, señor, llamaré al médico.

—Creo que una copa arreglará esta momentánea bajada de presión. Prepárela mientras voy al baño.

—Bien, señor.

Keagle se mojó la cabeza con agua fría. El golpe, por fortuna, no había sido demasiado fuerte, aunque sí tenía un bulto, que tardaría algunos días en deshincharse. Pero, se dijo, peor podría haber resultado la cosa.

Algo más calmado, regresó al salón. Tomó un sorbo de *whisky* y luego levantó el teléfono. Creía conveniente hablar con Matt King.

King respondió a los pocos momentos.

—Marv, me alegro de oírte —dijo—. ¿Tienes algo importante que decirme?

—Sí, Matt, ¿recuerdas a Lisa Luthman?

King se sorprendió de la pregunta.

—Por supuesto, pero no la he vuelto a ver. Incluso pregunté hace algunas semanas en el Royal Star y me dijeron que no tienen la menor noticia de ella. Pero, hombre, si ha pasado un año...

—Es que yo acabo de encontrarla, Matt.

—¡No me digas!

—Como lo oyes. Y apenas la encuentro, ¡zas!, unos tipos la secuestraron, después de haberme arreado un culatazo en la cabeza.

—Me dejas atónito, Marv. Pero ¿qué puedo hacer yo en Dallas, a tantas millas de distancia?

—Puedes hacer una cosa, Matt, y los gastos, naturalmente, por cuenta mía. Ella me confesó que tuvo que marcharse porque estaba amenazada de muerte, al parecer, el dueño de otro local quería contratarla para que trabajase con él, mejorándole el contrato. La chica se negó, porque tendría que hacer también otras cosas, aparte de cantar, y las perspectivas no le gustaban...

—Creo que te comprendo. Tú quieres que investigue...

—Contrata a un detective privado. El nombre verdadero de Lisa Luthman es Gretchen Bolton..., y es la hija de la mujer que me legó como herencia el rancho del desierto.

King silbó.

—Marv, muchacho, esto parece un serial de la radio —comentó.

—Lo parece, pero resulta que es algo absolutamente real. Oye, mira a ver si Jaspers tiene algo que ver con el asunto.

—De acuerdo, pero..., ¿no te parece que a la policía le gustaría estar enterada de lo que ocurre?

—No quiero publicidad, Matt. Haz lo que te digo, por favor.

—Muy bien. Te llamaré cuando sepa algo.

Keagle colgó el teléfono y se mordió los labios pensativamente. ¿A quién se refería Gretchen con el nombre «él»? ¿Por qué había expresado tanto pánico al verle desde su automóvil?

Apuró el *whisky* y, con paso firme, se encaminó hacia la puerta.

—¡Sylvan! —llamó.

El mayordomo apareció a los pocos momentos.

—¿Señor?

—Voy a salir. No sé cuándo volveré, no es necesario que me espere levantado.

—Como ordene el señor.

Su buena memoria le había hecho hacer grandes progresos antes de convertirse en millonario. Era preciso aprovecharse de aquella virtud, para intentar el rescate de la muchacha.

* * *

—Tú hiciste algunos trabajos para la Droxtton cuando yo era allí un chupatintas. Ahora quiero que trabajes para mí, Harry Moore —dijo Keagle, mientras removía con la cucharilla el azúcar de su taza.

Moore permaneció impasible. Era un sujeto de unos cuarenta años, de rostro lúgubre y modales cansinos, pero también uno de los más agudos y perspicaces investigadores privados de la ciudad. Keagle sabía dónde solía acudir Moore después del horario corriente de oficina y lo había encontrado en aquel bar que era casi su cuartel general.

—Sí, hice algunas cosillas para la Droxtton Ltd. —Admitió el detective—. La última investigación no hace ni siquiera tres meses. Entonces fue cuando me enteré de que habías dejado el empleo. Chico, nunca imaginé que podrías convertirte un día en magnate del petróleo.

Keagle sonrió de mala gana.

—Sólo unos cuantos pozos, pero dan lo suficiente para vivir bien —respondió—. Harry, lo que voy a encargarte no es mucho, aunque sí me interesa en gran manera.

—¿De qué se trata?

—La matrícula es

XRO-544.

Cadillac negro, último modelo. Quiero saber quién es el dueño.

Moore asintió.

—Aguarda un momento. Marv.

Se levantó del taburete y fue hacia el teléfono situado al fondo del local. A los pocos momentos regresó junto a Keagle y pidió un doble.

El joven notó que Moore se había puesto pálido.

—¿Qué diablos sucede, Harry?

El detective vació la copa de un trago y luego le miró con un solo ojo.

—Marv, ¿de veras quieres saber quién es el dueño de ese vehículo?

Keagle metió la mano en el bolsillo y sacó un impresionante rollo de billetes, del que separó cinco de cien.

—Puede que te parezca una idiotez, pero daría toda mi fortuna para saberlo —contestó.

—Está bien, allá tú... Es Artie Lockwood, el sujeto más peligroso y escurridizo de la ciudad. Un «pez gordo» del hampa, si no el gran jefazo. ¿Entiendes?

—No me gustan los tipos como Lockwood —dijo el joven—. Puesto que lo conoces, sabrás también dónde vive.

—Elms Road, seis mil trescientos. La casa está vigilada. En tu lugar, Marv, yo no iría...

Keagle sonrió, a la vez que se apeaba del taburete.

—Por cierto, ¿cómo has sabido tan pronto el nombre del dueño del Cadillac?

Moore le guiñó un ojo.

—Tengo un amigo en la policía —contestó—. Es algo maduro, pero viuda y libre. Nos llevamos muy bien.

—Conque un amigo, ¿eh? —rió Keagle. Sentíase extrañamente contento y añadió otro billete—. Cómprale flores a tu... amigo.

Moore se embolsó el billete sin escrúpulos.

—Le gustan más los bombones —contestó—. Cuidado con pisar un callo a Lockwood; no lo pasarías bien.

—Puede que le pise algo que le dolerá más que un callo —se despidió Keagle.

Anohecía ya cuando salió a la calle. Miró un instante el cielo estrellado. ¿Qué estarían haciendo a Gretchen en aquel momento?

Sus puños se crisparon durante un segundo. Si le habían causado el menor daño...

Se iban a acordar de él durante toda la vida.

* * *

Las luces de la casa estaban encendidas en su mayoría, salvo en un ángulo del lado norte. Keagle contempló especulativamente el edificio, preguntándose cuál sería el mejor punto para iniciar el asalto. Lamentó no haber pedido detalles del interior de la vivienda a Moore, pero era ya tarde para rectificar. No quería perder más tiempo; era preciso rescatar a Gretchen cuanto antes.

El acceso a la residencia se realizaba por una puerta de enverjada, cerrada en aquellos momentos. La tapia estaba protegida por un borde de púas, muy densas, que hacían imposible la escalada. No había otra solución que forzar la verja... «Pero como no emplee dinamita...».

La verja estaba al fondo de un pequeño entrante en y de ramas muy amplias, que rompía así la línea del muro. A ambos lados de la verja crecían sendos álamos de gran tamaño, que prestaban un aspecto atractivo al acceso. Keagle empezó a calcular la posibilidad de usar uno de aquellos árboles para pasar al otro lado.

De pronto, oyó el ruido de un coche que se acercaba. Rápidamente, saltó al otro lado del tronco más cercano y j esperó, con los nervios en tensión.

El automóvil se detuvo frente a la verja. Su conductor tocó la bocina un par de veces. Alguien, desde la casa, manejó el control remoto y la cancela empezó a deslizarse a un lado.

Keagle dejó que el coche pasase frente a él. Luego, agachado, corrió tras el vehículo y se echó a un lado, apenas hubo cruzado la entrada y mientras la reja se cerraba de nuevo. Respiró aliviado. Ya

estaba dentro. Pero ¿y la salida?

De pronto, se le ocurrió una idea. Regresó junto a la verja y miró hacia la tapia. Sí, allí había un timbre de llamada. Lo tocó varias veces seguidas y luego se volvió a esconder.

Una voz salió por un micrófono oculto y preguntó quién era. Keagle permaneció en silencio.

A través del micrófono, oyó voces que se quejaban de los chiquillos con ganas de molestar a las personas decentes. Luego alguien ordenó:

—Sal y dales un escarmiento si los ves volver. Usa el mando manual, Heckiss.

—Sí, señor.

—Y mira a ver si vienen éstos; ya tendrían que estar aquí, los muy...

La voz se apagó. Keagle quedó en el mismo sitio, aguardando al que iba a buscar a los chiquillos con ganas de burla.

Esperó unos minutos. La figura se hizo visible de pronto.

Heckiss llegó junto a la cancela y sacó la llave. Abrió un poco, asomó la cabeza fuera y, al no ver a nadie, se dispuso a regresar por donde había venido. Entonces, un puño se estrelló contra su mentón con tremenda violencia y perdió el conocimiento casi instantáneamente.

CAPÍTULO V

Keagle se agazapó al pie de la ventana iluminada. Mirando por encima del antepecho, vio al dueño del Cadillac, repasando unos documentos, con un cigarro encendido en la mano izquierda. Al otro lado se divisaba a un sujeto que manejaba una calculadora de mano.

El joven se deslizó cautelosamente a lo largo de la pared, hasta hallar una ventana sin luz. Levantó el bastidor y pasó inmediatamente al interior.

Atravesó la estancia, tanteando con gran cuidado, a fin de no derribar ningún mueble. Abrió la puerta y se encontró en el vestíbulo. De allí partía una escalera, con artístico pasamanos de hierro forjado, que conducía al piso superior.

Gretchen estaría seguramente en una de las habitaciones de arriba. La buscaría y...

Cuando llegaba al centro del vestíbulo, se abrió una puerta lateral y un hombre salió por ella. Vio a Keagle y le dirigió una amistosa sonrisa.

—Hola —dijo—. ¿Vienes a por la mercancía?

—Sí, claro...

—¿Has hablado con el jefe?

—Me ha dicho que te buscase —mintió Keagle. Aquel tipo no se había dado cuenta de nada. Era preciso, por tanto, continuar el engaño—. Pero no conozco bien esta casa.

—No té preocupes —contestó el sujeto—. Ah, yo soy Linus.

—Yo me llamo Joe.

—Muy bien, Joe; ven conmigo.

—Claro, Linus.

El sujeto inició la ascensión. Mientras subían, volvió en parte la

cabeza.

—Creo que esto se debe a un favor que le debía mi jefe al tuyo, ¿no es así?

—Linus, en boca cerrada no entran moscas —contestó el joven alegremente.

—Tienes razón —rió el otro.

Llegaron al rellano superior y Linus sacó una llave del bolsillo.

—Comprendo que tu jefe esté chiflado por ella; no he visto cosa igual en los días de mi vida —manifestó.

Hizo girar la llave en la cerradura, pero, antes de abrir, se volvió de nuevo hacia el joven.

—Por cierto, ¿cómo piensas llevártela? Porque en avión de línea resultaría comprometido.

—No te preocupes, Linus; tengo el avión particular del jefe aguardando en el aeropuerto.

—Ah...

Linus abrió la puerta. Keagle procuró quedar situado tras él. Gretchen, sentada hasta entonces en una butaca, se puso en pie.

Desesperadamente, Keagle le hizo señas con la mano. Ella abrió mucho los ojos. El joven se puso un dedo delante de los labios.

Hubo un instante de silencio. Keagle sintió un furioso latido en las sienes. Gretchen palideció y por un instante pareció que iba a desmayarse. Se apoyó, incluso, en el brazo del sillón, pero pudo dominarse.

—Joe, si quieres, la ato y le tapo la boca, para que vayas más cómodo —sugirió Linus.

—No será necesario —contestó el joven—. Mírame un momento.

Linus cayó en la trampa. El puño de Keagle se disparó por segunda vez con demoledora fuerza. Linus se desplomó como un saco.

Entonces, Gretchen corrió hacia el joven y le abrazó con fuerza.

—Marv, Marv... He pasado un miedo terrible...

—Cálmate —aconsejó él—. La situación no se ha aclarado todavía, pero es mucho mejor que cuando te secuestraron esta tarde. Ven, tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Ella recobró su bolso, que estaba encima de una consola. Keagle tiró de su mano. Después de salir, cerró la puerta con doble vuelta de llave y arrojó ésta al interior de un jarrón con flores.

—Saldremos por la puerta principal, pero no hagas ruido, ¿entendido?

—Sí, Marv.

Siempre con las manos juntas, emprendieron el descenso a la planta baja. De puntillas, cruzaron el vestíbulo, pero, cuando ya estaban a punto de alcanzar la puerta, vieron que se abría desde el exterior.

* * *

Keagle reaccionó con gran rapidez y, tirando de la muchacha, se escondió en el lado opuesto del giro de la puerta. Tres hombres entraron charlando animadamente.

—Sí, está arriba... Claro, bien guardada, no faltaría más... Pasen, pasen, el jefe quiere recibirles en persona...

Los tres individuos cruzaron oblicuamente el vestíbulo. Keagle esperó con los nervios en tensión y, apenas se dio cuenta de que habían desaparecido en la otra estancia, volvió a tirar de la muchacha.

—Ahora, a correr —exclamó—. Las explicaciones, más tarde.

Había algunos faroles artísticos que iluminaban el sendero central. Ante la fachada, se veía el automóvil, pero Keagle desistió de utilizarlo, porque tenía que abrir la puerta de hierro, que había dejado cerrada en prevención, a fin de no infundir sospechas, si alguien llegaba mientras tanto, cosa que había sucedido efectivamente. Tenía en el bolsillo la llave especial, que permitiría la apertura de la cancela, y ello era la garantía de que podrían escapar sin dificultades.

Era optimista. Cuando habían recorrido apenas la mitad de la distancia, sonó un terrible aullido:

—¡La chica se escapa!

Alguien profirió una horrorosa maldición. Keagle gritó:

—¡Corre. Grettie!

Ella aceleró el paso, Lockwood emitió un espantoso aullido:

—¡Cázales! ¡Alcánzales con el coche...!

Unos segundos después, los dos fugitivos se vieron iluminados por la luz de unos faroles de automóvil. Para entonces, Keagle había abierto ya el hueco suficiente de la puerta.

El motor del automóvil rugió. Keagle meditó una fracción de segundo. La puerta, ahora, se abría mediante el mecanismo de control remoto.

Dejó que se abriese por completo y luego accionó el mando manual. Acto seguido, agarró dos de los barrotes y empujó la verja con todas sus fuerzas.

El automóvil, lanzado a toda velocidad, alcanzó la cancela justo en el momento en que se cerraba. Hubo un enorme estrépito de vidrios rotos y hierros doblados. En el lugar donde estaba la cerradura eléctrica empezaron a surgir relámpagos azulados, seguidos de sonoros chasquidos.

Todas las luces del jardín y de la casa se apagaron inmediatamente. Keagle no pudo evitar una ruidosa carcajada.

—Tardarán un poco en salir... y no nos verán ni sabrán adónde hemos ido —exclamó alegremente.

* * *

—Todavía no consigo explicarme cómo has podido encontrarme tan pronto —dijo Gretchen, minutos más tarde, mientras sentía en su rostro el alivio del aire fresco.

Keagle se lo explicó sucintamente. Ella le contempló admirada.

—¿Y has corrido semejantes riesgos por mí? —exclamó.

El joven se puso serio en el acto.

—Grettie, hace un año yo tenía entre mis manos la vida de tu madre —murmuró—. Ella no me conocía apenas; no nos habíamos visto sino en una sola ocasión, me pidió que cuidase de ti. Eso es lo que estoy haciendo, ¿comprendes?

—¿Estuviste con mi madre durante su agonía?

Keagle asintió.

—Le cerré los ojos —respondió.

De pronto. Gretchen se tapó la cara con las manos y rompió a llorar. El joven se asombró un instante, pero luego comprendió los sentimientos de su acompañante y respetó su dolor. Le convenía desahogarse, pensó.

Al cabo de un rato, Gretchen sacó un pañuelo y se secó las lágrimas.

—Dispénsame, Marv; no he podido contenerme.

—No tienes por qué disculparte —dijo él—. Te ha ocurrido algo muy natural. Es lógico que llores por tu madre... muerta a manos de un asesino que, por cierto, no ha sido hallado todavía.

—Yo sé quién la mató —exclamó ella sorprendentemente.

—¿Conoces su identidad?

—Tuvo que ser él, no pudo haber sido otro. Me refiero a mi padrastro, naturalmente.

—¿Sam Bolton?

—Sí, el mismo. Mi madre nunca quiso cederle la administración de sus bienes, a pesar de que estaba enamorada de Sam. Esto fue algo que él no supo asimilar nunca.

—Pero tú llevas el apellido Bolton y él es tu padrastro...

—Se casaron cuando yo tenía nueve años. Sam propuso que yo llevase su apellido y mi madre, entonces, más que nunca, lógicamente, enamorada de él de una forma absoluta, cedió sin dificultades.

—Entiendo. Luego fue cuando se produjeron los conflictos.

—En realidad, tardaron algunos años. Yo me había hecho mayor y las discusiones entre ellos surgieron gradualmente, hasta que, al fin, llegaron a un extremo que le planteé a mi madre la cuestión, crudamente, sin rodeos. Le dije que no valía la pena seguir viviendo con un hombre vago, borrachín, disoluto y brutal, que no hacía otra cosa que gastar su dinero. Ella sostenía la teoría de que podría volverle al buen camino, pero yo veía claramente que no lo conseguiría. Además, tenía que encerrarme en mi dormitorio con llave. Una vez que estábamos solos, casi llegó a violarme... En fin, yo no tenía ninguna obligación hacia él y me marché de casa.

—Hiciste bien, aunque éstos son hechos que pertenecen al pasado —contestó Keagle—. Ahora tenemos que encararnos con cosas mucho más actuales. Tu secuestro, por ejemplo. ¿Sabes por qué te raptaron?

—No. No me dieron ninguna clase de explicaciones. Marv. ¿Acaso lo sabes tú?

—El autor del secuestro es un tal Artie Lockwood, una potencia en el mundo del hampa. El no tenía nada en particular contra ti, pero un amigo suyo le pidió el favor.

—¡Asombroso! —Calificó la joven.

—Calculo que Jaspers ha vuelto a las andadas. He podido

deducir que iban a llevar a Dallas en un avión particular.

—¿Pero es que ese hombre no ha cambiado aún de forma de pensar? —dijo Gretchen, repentinamente furiosa.

—Por ahora, no, pero vamos a hacer todos los posibles para solucionar este problema de una vez.

—¿De qué manera. Marv?

—Tengo un buen amigo en Dallas y hablaré con él. Aparte de ello, pienso buscar la forma de darle un disgusto a Lockwood.

—¿Cómo? ¿Qué piensas hacer? —se asombró la joven.

—No lo sé: ya estudiaré alguna idea. Ahora lo más importante es retirarte de la circulación.

—Quieres que me esconda.

—Esta noche, en mi casa. Mañana...

Keagle no pudo continuar. El motor empezó a toser repentinamente de una forma extraña, a la vez que perdía potencia. El joven bajó la vista hacia el cuadro de instrumentos y emitió una interjección.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

—Nada. Con todos estos jaleos me olvidé de poner gasolina y ahora se para el motor —suspiró Keagle.

Arrimó el coche a la acera y cerró el contacto. Saltó al suelo, miró a Gretchen y sonrió.

—Por fortuna, la distancia que hemos de recorrer no es ya muy grande, apenas un kilómetro. —Le ofreció el brazo galantemente—. ¿Vamos?

CAPÍTULO VI

—Hay algo que quería decirte desde el principio y que por una u otra causa no he podido hacerlo hasta ahora. Bien, aprovechando que estamos paseando como una pareja sin prisas, voy a comunicarte mi decisión —dijo Keagle.

—¿De qué se trata, Marv? —inquirió Gretchen.

—Tu madre, ignoro los motivos, me dejó el viejo rancho del desierto. Poco después de su muerte, fui a visitarlo, encontré una fuente, quise beber... y el agua tenía un gusto horrible a petróleo. Media hora más tarde, me ofrecieron diez millones de dólares por el rancho, más el cinco por ciento anual de los beneficios.

Ella se quedó estupefacta.

—¡Fantástico! —dijo—. Mamá nunca lo supo...

—¿Estás segura? Quizá lo calló, para que Sam Bolton no se aprovechara de ello. Y acaso las disputas entre los dos provenían precisamente del rancho.

Ella se quedó pensativa unos instantes.

—Puede que fuera así, pero, en todo caso, ¿qué tengo que ver yo ya con ello? —preguntó.

—Es muy sencillo. La mitad de lo que yo tengo es tuyo.

—¡Marvin! —Respingó la joven.

—Ya lo has oído. No podría vivir en paz sabiendo que, de la herencia de tu madre, te han correspondido solamente cien mil dólares miserables. Mañana hablaré con mis abogados, para que realicen los trámites correspondientes.

—Pe..., pero yo..., yo no puedo aceptar... Es demasiado...

Keagle le palmeó la mano que se apoyaba en su brazo.

—No se hable más. Eso está hecho, Grettie. Y debes saber que es algo que me había prometido a mí mismo, desde que supe mi buena

fortuna. En aquel momento, decidí que un día te entregaría la mitad.

—Oh, Marv, no sé qué decir...

El joven rió alegremente.

—No digas nada —respondió.

—La verdad..., ¿qué voy a hacer yo con tanto dinero?

—Oh, ya te acostumbrarás. Aparte de la cantidad, recibo un cinco por ciento de los beneficios, que asciende a quinientos mil dólares anuales. Por lo tanto, doscientos cincuenta mil serán tuyos. Bueno, ahora más, porque van a vender los terrenos y me han aumentado el porcentaje hasta un dos y medio por ciento del nuevo precio. Eso supone unos ciento veinticinco mil dólares más, anuales, por supuesto.

—Me voy a marear. Esas cifras dan vértigo, Marv.

—Ya te acostumbrarás. Pero, sobre todo, lo más importante, es que tendrás tranquilidad y...

Keagle se calló de pronto. Estaban ya a unos cien metros de su casa y un hombre surgió de las tinieblas, dirigiéndose rectamente hacia ellos.

En la mano del individuo brillaba algo. De pronto, alcanzó a Gretchen y sujetándola por un brazo, apoyó en su cuello la punta de la navaja.

—La «pasta», hermano —pidió roncamente—. Suelte todo lo que tenga encima o le rebano el pescuezo a esta preciosidad.

* * *

Gretchen lanzó un gritito. El ladrón maldijo:

—¡Cierre el pico, estúpida! Usted, vamos, no se quede ahí parado como un poste. Saque la billetera...

Keagle se había quedado parado un instante, aturdido por la sorpresa. Lo que estaba sucediendo no le gustaba en absoluto. Pero no quería que Gretchen pudiera sufrir el menor daño. No merecía la pena arriesgar la vida de la muchacha por un puñado de billetes.

—Está bien —accedió—. Le daré todo el dinero...

Metió la mano en el bolsillo y sacó la billetera, de la que extrajo unos cuantos billetes de cien dólares. De pronto, sonrió.

—¿Y ahora?

—¿Qué quiere decir? —preguntó el ladrón.

—Usted tiene las dos manos ocupadas. ¿Cómo va a coger el dinero?

—No se preocupe, póngalo en el bolsillo de mi chaqueta. Ah. Y el reloj también. No me gustaría tener que rajar este cuello tan bonito.

—Muy bien, de acuerdo.

Keagle tuvo que desviarse un corto paso a la izquierda, para alcanzar el bolsillo del ladrón. En el mismo instante percibió un horrible sonido.

Algo había chocado con indescriptible violencia contra la frente del ladrón. Keagle levantó la vista y vio un oscuro orificio que había surgido repentinamente encima de la ceja derecha.

El ladrón estaba todavía en pie, rígido, con los ojos desmesuradamente abiertos. De pronto giró a su izquierda y cayó de bruces.

—¡Marv! ¿Qué ha pasado? —gritó ella.

—Agáchate, rápido... Vamos, haz lo que te digo, Grettie.

La joven obedeció. Keagle estaba ya casi tendido en el suelo, mirando a todas partes. De pronto, entrevió a lo lejos una sombra que se movía velozmente. A los pocos segundos, oyó el rugido de un automóvil que arrancaba bruscamente.

Acercándose a la muchacha, la ayudó a ponerse en pie.

—Vamos, Grettie —dijo.

—Pero ¿qué ha pasado. Marv?

Keagle lanzó una mirada al ladrón que yacía boca abajo en el suelo. La sangre fluía abundantemente de su frente y corría por la acera hacia la calzada.

—Ha recibido una bala que estaba reservada a mi cráneo —respondió.

—¡Oh! —gimió ella—. Querían matarte...

Keagle la empujó firmemente.

—No es la primera vez —dijo—. Cuando visité el rancho del desierto, alguien me disparó con un rifle. Hace pocos días un tipo se situó junto a mi coche y, aprovechando que estábamos parados en un semáforo, tiró contra mí. Ahora, por lo visto, me estaba aguardando y ha vuelto a disparar.

—Pero... es horrible. Debieras avisar a la policía...

—No, ¿para qué? No conseguiría nada, salvo publicidad, y eso es algo que no me gusta.

Keagle suspiró:

—Sin embargo, el que ha muerto es el ladrón. ¿Cómo te lo explicas?

Keagle suspiró:

—Por un milagro —contestó—. Cuando me ordenó metiese el dinero en su bolsillo, tuve que desviarme un paso a la izquierda. En ese momento, el asesino hacía fuego.

—Yo no he oído la detonación.

—Usa silenciador, Grettie...

Ella meneó la cabeza.

—Marv, ha sido un día de lo más movido.

—No puedes darte una idea —dijo él alegremente.

Ya habían llegado a su casa y abrió la puerta. Sylvanus, el mayordomo, acudió a los pocos instantes.

—Sylvan. Le presento a la señorita Bolton —dijo el joven—. Como todavía es pronto, tendrá la bondad de avisar a la señora Higgins que nos prepare algo de cena, fiambre, por ejemplo. También deberá indicarle que ha de preparar una habitación para la señorita.

—Sí, señor, se lo diré ahora mismo. Es un placer conocerla. Señorita.

—Gracias —se ruborizó ella.

Keagle la agarró por un brazo.

—Ven, tomaremos una copa mientras tanto.

Gretchen se sentía estupefacta.

—¿Tanto dio de sí aquel pedazo de arena? —preguntó.

El joven rió, mientras le entregaba la copa, ya en el salón.

—A veces me parece que, en vez de arena y pedruscos, había diamantes y polvo de oro —contestó—. Pero ya sabes, la mitad es tuya. —Levantó la copa—. Por nuestro encuentro, Grettie.

Ella le miró fijamente.

—Marv, aunque no tuvieses un solo centavo, creo que debería considerar este día como el mejor de mi vida —declaró.

Gretchen estaba ya en su habitación. Keagle fue a su despacho y llamó a Dallas. King contestó a los pocos segundos.

—Marv, tengo noticias para ti y no son buenas —dijo.

El joven se echó a reír.

—Las mías son magníficas —contestó—. He conseguido rescatar a Lisa Luthman.

—¡No! —gritó King a través del hilo telefónico.

—Como lo oyes, Matt. Ella está en mi casa, durmiendo como un angelito. En su habitación, por supuesto.

—Me dejas... ¿Cómo lo has conseguido?

—Ya te lo explicaré en otro momento. Ahora, dame tú las malas noticias. No habrá quebrado la

King & Texan

Oil, supongo.

—Está firme como una roca, muchacho —contestó King orgullosamente—. Lo que quería decirte es que Jaspers ha enviado a dos de sus mejores muchachos y, por lo que sé, con órdenes muy concretas. Incluso puedo darte sus nombres: Lafe Harris y Juddo Cobhan. Ten cuidado, en su clase, son de lo mejorcito, lo cual significa que son tan peligrosos como los alacranes.

—Lo tendré en cuenta. Pero ¿cómo puede ser que Jaspers continúe con esa chifladura al cabo de un año?

—No lo sé, no hablo con él... y procuraré evitarlo mientras me sea posible. Puedo decirte que los dos matones han ido con instrucciones de no regresar sin la chica. Y, hablando en metáfora, con un *bulldozer*.

—¿Cómo?

—Sí, hombre, para apartar cualquier obstáculo..., a cualquier precio.

—Ahora ya entiendo, Matt. Bueno, puede que Jaspers se quede sin su *bulldozer*. Algún día iré a Dallas y me daré el gusto de partirle la boca.

—Avísame para no, perderme el espectáculo —rió King—. ¿Algo más, socio?

—Gracias por el aviso, Matt —se despidió el joven.

Colgó el teléfono y encendió un cigarrillo. Durante largo rato, permaneció sentado en un butacón, contemplando abstraídamente las azules volutas de humo. Tenía que darle una buena lección a

Lockwood, escarmentarle para que no volviera a molestar a Gretchen, Y de paso, se enteraría de los motivos que tenía Jasper para desear llevarse a la muchacha.

Un año atrás, Jaspers estaba locamente enamorado de Gretchen. ¿Todavía le duraba aquella morbosa pasión?, se preguntó.

Pero aún había otro problema que le preocupaba enormemente.

¿Quién era el sujeto que, por tres veces, había intentado asesinarle?

Al cabo de un rato, apagó el cigarrillo y subió a su habitación.

* * *

El nuevo día trajo para Gretchen una serie de emociones como pocas veces había sentido. Acompañada por Keagle, fue de compras. Durante horas y horas visitó *boutiques*, tiendas de modas, zapaterías, joyerías... Keagle no quería que ella escatimase un dólar.

—Gasta sin tasa —le dijo—. Tienes que desquitarte de las privaciones que has sufrido.

—Hombre, no me he muerto de inanición, precisamente —contestó ella con buen humor.

Al mediodía, cansada pero feliz, se dejó llevar a un restaurante. Todas las compras habían sido enviadas a casa de Keagle.

—Pero luego tendremos que ir a mi hotel —dijo ella.

—¿Por qué?

—Tengo mi equipaje y algunos documentos que no quiero perder. Si sólo se tratase de la ropa, abandonaría el equipaje. Pero están esos papeles y me interesa conservarlos.

—Muy bien. Primero calmaremos el apetito. Después iremos al hotel y, si lo deseas, reanudaremos la sesión de compras. —Keagle la miró críticamente—. Sospecho que has olvidado algo, Grettie.

—¿Qué, Marv?

—Un buen abrigo de pieles.

—Aún no es la temporada. Puedo esperar...

—Como quieras...

Vino una camarera y Keagle encargó la minuta. Luego puso los codos sobre la mesa y apoyó la barbilla en las manos.

—Grettie, tienes que decirme una cosa —habló.

—¿Sí, Marv?

—Ayer, cuando el Cadillac se cruzó delante de mi coche, tú lanzaste un grito. «El», dijiste. ¿Lo recuerdas?

—Sí, es cierto.

—¿A quién habías reconocido, Grettie?

—Estaba equivocada. Vi la cara de Lockwood a través del cristal y creí que era Jaspers. Así, a primera vista, se parecen tanto, sobre todo cuando se tienen los nervios de punta, como me sucedía a mí en aquellos momentos.

—Bueno, puede que sean parecidos, pero yo pienso que no sólo en lo físico. También tienen semejanzas en otros aspectos..., por ejemplo, en la falta de escrúpulos.

Gretchen se puso seria de repente.

—Marv, ¿persistes en tu idea de ver a Lockwood? —preguntó.

—Más que nunca —contestó él firmemente.

Luego, Keagle desvió la conversación hacia otros temas, al terminar el almuerzo, pagó la cuenta y se puso en pie.

—Vamos a tu hotel —dijo.

Veinte minutos más tarde, entraban en el hotel, de apariencia más bien modesta. Gretchen pidió la llave y, acompañada del joven, subió a su habitación. Abrió la puerta, dio un par de pasos y se quedó parada en el umbral.

—Oh, Marv... —se quejó.

Keagle apretó los labios. El cuarto aparecía completamente revuelto.

—Alguien ha estado aquí —dedujo sin demasiado esfuerzo—. ¿Dónde tenías los documentos, Grettie?

Ella caminó hacia una maleta, que aparecía abierta y completamente vacía de su contenido.

—Estaban aquí, en una cartera de piel... —dijo, abrumada.

—¿Puedo saber qué clase de documentos eran?

—Sí. Resguardos de unos valores bancarios, unos diez mil dólares en total, y los títulos de propiedad de unas tierras de Dallas. No valían gran cosa; compré aquellas tierras para construirme una casa algún día... A veces pensaba que me habían estafado, pero, de todos modos, como resultó a un precio muy bajo...

Keagle meditó unos instantes. Luego volvió la mano.

—Recoge lo que quieras llevarte —indicó—. Mientras tanto, yo hablaré con el encargado de recepción.

—Está bien, Marv —contestó ella desanimadamente.

Keagle descendió a la planta. El recepcionista sonrió con amabilidad.

—¿En qué puedo servirle, caballero?

El joven se echó el aliento en las uñas y luego las frotó contra la solapa de su traje.

—Muchacho, voy a contarte una historia muy bonita. Era una vez una hermosa dama que se alojó en este hotel y, por las causas que fueran, pasó la noche en otro lugar. En su ausencia, alguien vino, registró su habitación y se llevó algo de gran valor. El caballero que la acompaña decidió averiguar quiénes habían sido los ladrones y se lo dijo al recepcionista. Éste lo negó todo, pero cuando supo que el caballero le daba a elegir entre la cabeza abierta y cien dólares, decidió hablar. ¿Qué le ha parecido la historia, Mike?

El empleado tragó saliva.

—Me..., me llamo Charles, señor —contestó—. Y... Yo lo siento mucho, pe..., pero los dos hombres que vinieron dijeron que eran policías...

—¿Le enseñaron la placa? ¿Traían un mandamiento judicial?

La cara de Charles tenía un acusado tinte verdoso.

—Bien, señor, yo...

Keagle le enseñó el billete de cien dólares.

—Dígame quiénes eran o vendrán policías auténticos —amenazó.

—Espere, por favor... Yo no los conocía... Sólo puedo darle su descripción... Uno era alto, delgado, de cejas muy espesas... El otro era más bien bajo, rechoncho, con el pelo muy claro, casi albino... Yo les creí; hoy día se ven unos policías muy raros...

—Usted sí que es raro —refunfuñó el joven. Le tiró el billete a la cara—. Estoy seguro de que le dieron el teléfono para avisarles si la señorita volvía y si venía o no acompañada, ¿verdad?

—Sí, señor...

—Déme ese número.

Charles obedeció. Keagle le dirigió una dura mirada.

—Olvide esto —ordenó—. Si se le ocurre hacer una llamada a ese número de teléfono, vendré aquí y le arrancaré los brazos y las piernas, uno a uno.

—De..., descuide..., señor...

Gretchen aparecía en aquel momento, con la maleta en la mano. Keagle acudió a su encuentro.

—Vamos, te llevaré a casa —dijo.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza, aunque no habló hasta hallarse en el coche.

—¿Has averiguado algo?

—Sí. Luego te lo contaré todo.

Una hora más tarde, Keagle escuchaba de boca de su amigo Moore, el detective privado, los nombres de los dos sujetos que habían saqueado la habitación del hotel.

—Por sus señas, no pueden ser otros que Dade Spock y Reno Morgan, dos tipos de cuidado.

—Naturalmente, al servicio de Lockwood.

—Tú lo has dicho, Marv. Pero si me permites un consejo, olvida a esos pájaros de cuenta. No les busques las cosquillas; carecen de sentido del humor.

—Esto es lo malo de la vida moderna —filosofó el joven—. Hoy día se carece de ese sentido... y de otros muchos. Adiós, Sherlock Holmes.

—Buena suerte. Rezaré por ti y le llevaré una vela a San Francisco.

Keagle se echó a reír. Moore era irlandés.

CAPÍTULO VII

—Se ha dado prisa —murmuró Keagle aquella misma noche, poco después de las diez.

La cancela había sido ya reparada. Keagle metió la mano en el bolsillo y sacó algo, que hizo saltar en la palma de su mano, antes de acercarse a la entrada de la residencia. Era la llave de control manual de apertura de la verja, que había conservado casi sin darse cuenta.

El mecanismo funcionó sin fallos. Pasó al otro lado y volvió a cerrar. Luego, cautelosamente, avanzó hacia la casa, en la que se veían algunas ventanas iluminadas.

Al cabo de unos momentos, llegó a la casa. Maquinalmente, se ajustó la correa de la pequeña bolsa de cuero que había llevado consigo. Estudió el panorama durante unos momentos. Luego dio la vuelta y encontró un par de coches en el garaje, cuyas puertas estaban abiertas.

La bolsa fue a parar debajo de uno de los coches, justo ante una de las ruedas. Se enderezó y volvió sobre sus pasos.

Cuando alcanzó la esquina, oyó voces en la puerta.

—Haré la ronda ahora mismo.

—El jefe está a punto de venir —dijo otro hombre.

—Lo sé. Dade.

—Abre bien los ojos. Reno.

Keagle enarcó las cejas. De modo que los asaltantes del hotel estaban allí.

Sonaron pasos en las inmediaciones. La figura del hombre apareció ante los ojos de Keagle, cuyas manos se dispararon inmediatamente.

Reno Morgan pateó frenéticamente, pero los dedos que se

cerraban en torno a su cuello parecían de hierro. Al cabo de unos momentos aflojó sus esfuerzos.

Keagle mantuvo la presión todavía durante unos segundos, hasta que vio a Morgan caer desmadejado al suelo. Entonces, lo agarró por debajo de los sobacos y lo arrastró hasta el otro lado de un seto. Inclinandose sobre él, le. Quitó la pistola, que dejó suavemente en el interior de un pequeño estanque ornamental.

Le iba a doler el cuello durante unos cuantos días, rió quedamente, mientras regresaba hacia la casa. Llegó ante la puerta y abrió poco a poco.

El vestíbulo aparecía desierto. Keagle lo cruzó silenciosamente y llegó ante la puerta que daba al salón donde había visto a Lockwood la víspera. Abrió un poco y pudo divisar al mismo sujeto que acompañara a Lockwood. El individuo estaba muy ocupado con el lápiz y los papeles.

Cerró sin ruido. Era preciso sorprender a Spock. ¿Dónde se habría metido?

Decidió investigar en las habitaciones interiores. Cuando alcanzaba la puerta, vio que se abría de golpe. Un hombre salió rápidamente y casi se dio de bruces con él.

—Podías tener más cuidado, Dade —se quejó el sujeto.

De pronto reconoció al joven y lanzó un juramento.

Keagle le reconoció también. Era Linus, el mismo individuo que le había acompañado a la habitación donde Gretchen estaba encerrada. Linus llevó su mano derecha al interior de la chaqueta, pero el joven actuó fulgurantemente y le clavó el puño en el estómago.

El sujeto emitió un apagado quejido, a la vez que se curvaba hacia adelante. Keagle usó el puño de nuevo, pero ahora como una maza, golpeando el cráneo del hampón. Linus cayó como una masa inerte.

El joven divisó al otro lado la puerta de un armario. Quitó la pistola a Linus y lo encerró en aquel lugar. La llave pasó a sus manos un segundo antes de salir a través de la ventana más próxima.

Morgan no aparecía por ninguna parte. Keagle decidió llamarle.

—¡Reno!

El sujeto se hizo visible a los pocos segundos. Palideció al verse

encañonado por una pistola.

—Ven —ordenó al joven.

Morgan avanzó paso a paso. De pronto, Keagle amagó con la izquierda. Morgan se ladeó en sentido contrario, «encontrándose» con la culata del arma, que chocó violentamente contra su sien.

Keagle inspiró con fuerza. En el mismo momento, sonó una campanilla.

—Ahí viene Lockwood —se dijo.

Miró a su alrededor. La casa tenía una vaga decoración californiana. Junto a una de las paredes había un gran arcón. El cuerpo de Morgan fue a parar a su interior. Luego Keagle corrió hacia la puerta y se apostó junto a ella.

Al cabo de unos momentos alguien la abrió bruscamente.

—Ahora ya sé quién es ese tipo —dijo Lockwood por encima del hombro—. Mañana le voy a dar un disgusto, que no olvidará en todos los días de su vida. Ahora ve y date una vuelta por el jardín, y mira bien, no sea que a ese bastardo quiera darnos una sorpresa.

Lockwood avanzó un par de pasos. Keagle cerró la puerta y luego puso la pistola en la nuca del dueño de la casa.

—¡Sorpresa! —dijo alegremente.

* * *

Lockwood se estremeció con fuerza.

—¿Keagle?

—¡Premio para el caballero! ¿Qué prefiere, un caramelo o un balazo en la sesera?

—Estoy desarmado —contestó Lockwood, a la vez que extendía los brazos.

—Muy bien, avance.

Lockwood echó a andar. Cuando llegaban a la puerta, Keagle le hizo una pregunta.

—¿Quién es el sujeto que está ahí dentro?

—Kent Walters, mi secretario particular.

—Perfectamente. Adviértale que se esté quieto y recuerde: su cabeza huele a pólvora. Ahora, ¡abra!

Lockwood obedeció. Walters se puso en pie al verlo entrar, aunque un segundo después, palideció al darse cuenta de que el

individuo no venía solo.

—Jefe...

—Kent, no hagas nada —dijo Lockwood—. El caballero que me acompaña es el señor Keagle.

Walters se separó un par de pasos. Con la mano izquierda, Keagle empujó a Lockwood hasta el sillón.

—Siéntese. Y usted, Walters, corra las cortinas y luego sitúese tras el sillón, pero con las manos a la vista, sobre el respaldo.

Hubo un momento de silencio. Luego, Lockwood preguntó:

—¿Y bien, qué es lo que quiere de mí, Keagle?

—Dos cosas, Artie. La primera consiste en saber por qué un tal Jaspers tiene tanto interés en Gretchen Bolton.

—No lo sé, no me lo dijo.

—Pero usted le hizo el favor de secuestrarla.

—Le debía ese favor.

—Y no se preocupó de si era o no legal.

Lockwood se encogió de hombros.

—Jaspers tenía interés por la chica. Hubiera hecho lo mismo por mí, en caso contrario.

—¡Hermosa muestra de amistad! —comentó Keagle burlonamente—. Estoy viendo que voy a tener que hacer un viaje a Dallas... Pero sigamos hablando. Hoy, por la mañana, dos tipos llamados Morgan y Spock han estado en el Weekend Hotel y se han llevado unos documentos que pertenecen a la señorita Bolton. ¿Dónde están esos papeles?

—Ya no los tengo —respondió Lockwood.

—¿Me toma por tonto? —Se enfureció el joven—. Usted tiene esos documentos...

—¡Por favor! —exclamó Lockwood, un tanto asustado por la actitud de Keagle—. Le ruego me crea. Los he..., he entregado...

—¿A quién?

Lockwood apretó los labios.

Sobrevino un momento de silencio. De pronto, Keagle se movió en sentido lateral y fue hacia la mesa. Con la mano izquierda, amontonó todos los papeles que había allí, así como un libro de cuentas, y sacó el encendedor.

—Hable o pego fuego a todo lo que hay aquí.

Lockwood saltó en su asiento.

—¡No! —chilló—. Deje esos documentos... Se lo diré...

Keagle sonrió.

—Así está mejor. ¿Dónde puedo encontrar los papeles de la señorita Bolton?

Lockwood se pasó una mano por la cara, brillante de sudor.

—Se lo diré, aunque dudo mucho que consiga recuperarlos —contestó.

—Eso es asunto mío. —De pronto, Keagle creyó adivinar la verdad—. Los tienen Harris y Cobhan —exclamó.

—Está muy bien enterado —se admiró Lockwood.

—No soy tonto, amigo —rió el joven—. Esos dos tipos se hospedarán en alguna parte, me imagino.

—Vaya al Paradise Motel.

—Perfectamente.

Keagle agarró todos los papeles que había encima de la mesa y los metió a puñados en los bolsillos. Lockwood lanzó un chillido de protesta:

—¡Déjalos! Yo he cumplido mi parte...

Keagle le miró aviesamente.

—El trato era no pegarles fuego, pero no hablemos para nada de que los dejase aquí. Si lo hiciese, usted avisaría a esos dos forajidos inmediatamente y no me conviene. Le prometo devolvérselos apenas haya recuperado los documentos de la señorita Bolton.

Las manos de Lockwood se crisparon sobre los brazos del sillón, pero era todo lo que podía hacer. Keagle retrocedió poco a poco hasta alcanzar la puerta.

—No intente nada. Artie —avisó—. Recuerde los papeles; ése es mi seguro. ¿Entendido?

Lockwood guardó silencio. Keagle abrió la puerta y se lanzó a la carrera hacia la salida.

Instantes después, atravesaba el jardín. De súbito, oyó un agudo grito.

—¡Ahí va!

—Síguelo, síguelo —aulló otro.

Los esbirros de Lockwood habían despertado ya. Dedujo el joven. Y como estaban ignorantes de lo que había sucedido. Le harían trizas si lo alcanzaban.

De pronto, divisó una silueta que corría hacia él. Extendió el

brazo.

—Va por allí. Síguelo.

El sujeto desvió su carrera. Keagle oyó pasos a su derecha.

—¡Mira, allí corre! —añadió.

El otro individuo se desvió también.

—¡Quieto, Keagle! —aulló.

Súbitamente, se vieron varios silenciosos fogonazos en las tinieblas.

El joven se tumbó en el suelo inmediatamente. Alguien emitió un horrible alarido.

Sonó el ruido de un cuerpo al caer encima de unos arbustos. A la izquierda de Keagle, una pistola detonó fragorosamente.

Los fogonazos silenciosos volvieron a repetirse. Se oyó un segundo grito de dolor.

Tendido sobre el césped. Keagle permaneció inmóvil. ¿Quién diablos había disparado?, se preguntó.

Alguien puso un coche en marcha. De pronto, se vio brillar un enorme relámpago. Luego surgió una tremenda llamarada.

A pesar de sus preocupaciones, Keagle no pudo por menos de sonreír. La trampa que había dejado a su llegada, funcionaba perfectamente. Ahora, Lockwood y los suyos tendrían bastante con impedir que el fuego se propagase a la casa.

Los dos automóviles que había allí ardían en pompa. En el lugar en que se encontraba, todo parecía tranquilo de nuevo.

A gatas. Keagle se encaminó hacia la cancela. Sorprendentemente, estaba abierta.

A la sombra de la tapia, trató de adivinar quién había entrado por aquel hueco. Luego, con grandes precauciones, salió en busca de su coche. Momentos después, abandonaba aquel lugar.

* * *

—Harris y Cobhan no se marcharán de aquí sin ti —dijo Keagle, mientras se servía una generosa ración de *whisky*—. Tienen tus documentos, pero también te necesitan a ti.

—¿Qué podemos hacer, Marv? —preguntó Gretchen, muy desanimada.

—Hay dos soluciones. Una, la violenta, la otra...

—¿Cuál, por favor?

Antes de contestar, Keagle tomó un sorbo. Luego sonrió:

—La otra no tiene nada de violenta, sino todo lo contrario. Es amable, pacífica y altamente persuasiva.

—No irás a echarles un discurso sobre la conveniencia de ser bueno y respetar la moral y las buenas costumbres —dijo Gretchen con buen humor.

—Hay algo mejor, sobre todo, si tenemos en cuenta la catadura de los sujetos con quienes voy a tratar. Pero ya te lo diré mañana, después de que haya hablado con ellos.

—Como quieras, Marv. Yo he estado pensando mucho en una cosa...

—¿Sí, Grettie?

—¿Por qué quieres entregarme la mitad de mi fortuna?

Keagle contempló un momento su vaso alto. Luego lo vació de un trago.

—Considero un deber moral compartir contigo los beneficios de la herencia de tu madre —respondió al cabo—. Supongamos que ella no me hubiera conocido, que no hubiese tenido siquiera noticia de mi existencia. Lo único que hice yo fue consolarla en dos ocasiones: cuando Sam la azotaba bestialmente, y en sus últimos momentos. No es cosa que tenga mucho mérito.

—Lo tiene. Tú ayudaste a una perfecta desconocida y ella quiso recompensarte —dijo Gretchen, conmovida.

—Sí, lo sé, pero Sara no pasó por la vida sin dejar huellas. Tú eres lo que ella dejó tras de sí y debes tener tu parte en lo que te corresponde, si no legalmente, sí moralmente. Y no se hable más del asunto, ¿entendido?

De pronto, Gretchen se puso en pie, fue hacia el joven y le besó fuertemente.

—No he conocido otro hombre como tú —dijo, con ojos muy brillantes—. Marv, envidio a la mujer que tenga la fortuna algún día de ser tu esposa.

Keagle parpadeó, sorprendido. Luego reaccionó, sonriendo.

—Todavía no he puesto los ojos en ninguna —contestó—. Aunque quizá...

Miró intensamente a la joven y ella se ruborizó. Hubo un instante de silencio.

—Creo que debo irme a la cama —dijo Gretchen suavemente.

Keagle asintió. Al quedarse solo, sacó los papeles que había cogido en casa de Lockwood y, tras ordenarlos, empezó a enterarse de su contenido.

CAPÍTULO VIII

Sonaron unos golpes en la puerta de la habitación. Lafe Harris cambió una mirada con su compinche. Cobhan. En mangas de camisa, sentado en la cama, sacó la pistola de la pretina del pantalón y puso encima su chaqueta. Luego hizo un gesto con la barbilla.

Harris abrió la puerta. Un hombre apareció ante sus ojos.

—No compramos nada —dijo bruscamente, al ver el maletín de ejecutivo que el visitante tenía en su mano derecha.

—Está equivocado, amigo. Yo soy el que viene a comprar. Me llamo Marvin Keagle.

Harris se quedó atónito. Cobhan frunció el ceño.

—Keagle —repitió el primero.

—En efecto. ¿Puedo pasar, caballeros?

—¿Dónde está Gretchen Bolton? —rugió Cobhan.

—Calma, hermano. He venido a hablar de esa preciosidad. Ya sé que la andan buscando, que registraron su equipaje y que se llevaron unos papeles de gran importancia. De todo eso vamos a hablar, con calma, sin prisas, como buenos amigos.

—Regístrale. Lafe —ordenó Cobhan. Sin abandonar su actitud recelosa.

—No llevo armas, pero puede hacerlo si quiere —contestó Keagle.

Harris palpó las ropas de su cuerpo y luego se retiró a un lado.

—Dice la verdad, Juddo —informó.

—Bien, hable —invitó Cobhan.

—Amigos, J. J. les ha enviado a ustedes aquí por dos motivos: la chica y sus papeles. Han perdido a la chica, pero tiene los papeles. Yo podría ponerles en un aprieto. Bastaría con avisar a la policía...

En realidad, si lo hubiera hecho, la habitación estaría llena de uniformes azules y los papeles volverían a su dueña inmediatamente. Pero ésa es una solución poco satisfactoria. Antes de una semana, ustedes volverían a la carga y eso es precisamente lo que quiero evitar.

—No sé cómo podrá evitarlo —rió Harris burlonamente.

—Se lo diré en el acto.

Keagle puso el maletín encima de una consola, soltó las presillas y levantó la tapa.

Cobhan dio un salto. Los ojos de Harris se desorbitaron.

—Diablos —murmuró ahogadamente.

Keagle extendió la mano derecha.

—Esos billetes, mil de cien exactamente, son para ustedes, al cincuenta por ciento. Con una condición —dijo.

Cobhan tragó saliva.

—¿Cuál? —preguntó.

—Perdón, me he equivocado. Debí decir condiciones. Dos. La primera, quiero los papeles de la señorita Gretchen.

—¿Cuál es la otra condición? —inquirió Harris.

—Abandonen a Jaspers. Váyanse a California durante... digamos un año. Y no le digan siquiera que se han despedido de él. Simplemente, desaparezcan. ¿He hablado con claridad?

—Se le entiende perfectamente —rió Harris.

—¿Cómo sabrá que hacemos lo que nos pide? —preguntó Cobhan.

—Si me traicionan, se lo diré a Lockwood... y le daré otros cien mil, para que pague a unos tipos que sepan manejar el cemento..., ese que se fabrica especial para el calzado.

—Diablos, no me gustaría ir a parar al fondo del río, con unos «zapatos de cemento» —se estremeció Cobhan.

—Pueden evitarlo si hacen lo que les he pedido. Denme los papeles, hagan las maletas, paguen la cuenta y vayan inmediatamente al aeropuerto. A las doce y quince despegan el «747» rumbo a Los Angeles. Las azafatas son preciosas, hay bebidas a bordo y proyectan películas muy entretenidas.

Cobhan se puso en pie.

—De acuerdo —exclamó—. Lafe, dale los papeles.

Harris entornó los ojos.

—¿Qué tal si le diera un golpe y nos quedásemos con el dinero y los papeles? —preguntó.

—Ni lo sueñe. Mire a través de la ventana. Hay un amigo que me está aguardando. Si los ve salir antes que yo, llamará inmediatamente a la policía. Su coche, por otra parte, tiene las ruedas deshinchadas.

—Piensan en todo —dijo Cobhan, admirado.

—Con tipos como ustedes, es preciso estar prevenido en todo momento. —Keagle movió una mano—. Los documentos —exigió.

Harris se los entregó segundos después.

—Sólo era una broma —sonrió.

—No estoy tan seguro..., pero ese amigo mío se encargará de comprobar que toman ese «Jumbo» de las doce quince. Aguarden un momento, por favor.

Los documentos estaban en un gran sobre. Keagle los sacó y examinó con gran atención. Al cabo de unos minutos, volvió a guardarlos y se dirigió hacia la puerta.

Consultó su reloj.

—Son las once veintiún minutos. Tienen el tiempo justo. Adiós —se despidió.

Salió a la calle. Moore, desde su coche, le dirigió una mirada inquisitiva. Keagle, por toda respuesta, alzó la mano con la que sostenía el sobre.

Moore contestó con un gesto análogo. Keagle subió a su coche y emprendió el camino de vuelta a su casa.

* * *

Gretchen le recibió contemplándole con una mezcla de temor y admiración.

—Cada vez que sales de casa, me parece que te vas a la guerra —dijo.

—Casi «es» una guerra —contestó él riendo. Puso el sobre en las manos de la muchacha—. Tus documentos —indicó.

Ella guardó silencio durante unos instantes.

—Marv, ¿qué podría yo decir? —murmuró al fin.

—Nada, no tienes que decir nada. —Keagle fue al bar y se sirvió una copa—. ¿Tienen mucho valor tus tierras?

—Según el precio que pagué al comprarlas, doce mil dólares. Ignoro su valor actual, aunque si me pagaran esa suma, las vendería de inmediato.

Keagle reflexionó unos momentos. Luego dijo:

—¿Por qué no hacemos un viaje a Dallas y las examinamos? Mi amigo King podría asesorarnos, bueno, nos indicaría un experto en tierras... ¿Qué te parece?

—¿No te apartará este viaje de tus obligaciones?

El joven se echó a reír.

—Por favor —dijo—. Desde que se descubrió petróleo en mi... «nuestro» rancho, no he dado golpe. Me he dedicado solamente a la buena vida, sin trabajar...

—Vamos, como un

play-boy

cualquiera.

—Algo por el estilo. Si te parece, saldremos mañana hacia Dallas.

—Muy bien, como quieras.

Sylvanus apareció en aquel momento.

—Señor, le llaman por teléfono —anunció.

—¿Quién, Sylvan?

—Dice que se llama Lockwood, señor...

—Está bien, pase la llamada a mi despacho. —Keagle se volvió hacia la joven—. No temas, Gretchen —procuró tranquilizarla.

Momentos después, tomaba el teléfono.

—Keagle —dijo.

—Soy Lockwood. Anoche se llevó unos papeles de mi casa.

—Oh. Sí, lo había olvidado. Pero no tema, están bien guardados.

—Hicimos un trato...

—Lo sé, lo sé, no tema. Se los enviaré por correo.

—¡Por todos los diablos! ¿Qué pretende, Keagle? ¡Yo le enviaré un mensajero!

—Muy bien, no se enfade, Artie. Esperaré a su enviado especial —dijo el joven alegremente.

—Esos papeles no le sirven a usted para nada.

—Y, a usted pueden proporcionarle grandes beneficios, ¿verdad?

—Eso es cuenta mía. Entregue los papeles y olvidaré lo que sucedió anoche.

—Ah, sí, ahora lo recuerdo. ¿Cómo están los heridos?

—Bajo tierra —gruñó Lockwood—. Iba usted bien protegido. ¿Eh?

Keagle frunció el ceño un instante. ¿Quién era el sujeto que había iniciado el tiroteo en el jardín de la casa del hampón?

—De modo que han muerto dos de los chicos —dijo.

—Sí, Heckiss y Linus. Maldita sea, nunca había dado con un tipo como usted...

Keagle simuló fanfarronear.

—Vivirá mucho mejor si no vuelve a meterse conmigo —contestó—. Por cierto, habrá tenido un jaleo imponente con la policía.

—No sea estúpido. Sí, vinieron unos policías; pero les dije que habíamos disparado contra unos ladrones, que intentaban robar y que se dieron a la fuga al primer disparo.

—Entonces, los chicos están... en el jardín.

—No responderé a esa pregunta.

—No ha sido una pregunta, sino una deducción, Artie.

—Basta ya —gruñó el sujeto—. Dentro de media hora, tendrá ahí a mi mensajero.

—Será recibido con honores de embajador —contestó Keagle alegremente.

De pronto, cuando ya colgaba el teléfono, sonó un grito.

—¡Grettie! —exclamó, alarmado, a la vez que corría hacia el salón.

Ella salió a su encuentro. Keagle apreció que estaba muy pálida.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Marv..., creo que he visto a mi padrastro...

—¿Sam?

Gretchen asintió.

—Yo... contemplaba la calle a través de la ventana... De pronto, se paró un coche y el conductor se apeó un instante... En aquel momento, distraída, no me fijé apenas. El estaba casi de perfil, pero luego se volvió... Sí, era él; tiene una cara que no olvidaré en los días de mi vida...

Keagle apreció que la muchacha estaba muy agitada.

—Grettie, han pasado ya muchos años —dijo.

—Oh, no creas, cuatro o cinco solamente. No ha podido cambiar

demasiado en este tiempo... y su rostro es algo que tengo permanentemente fotografiado en la memoria.

El joven se acercó a una ventana. La calle estaba desierta.

Gretchen se había serenado ya desde que se alojaba en su casa. La hora, por otra parte, pasado mediodía, no era la más propicia para alucinaciones. Parecía, pues, sensato, admitir la certeza de la visión.

—¿Cómo se habrá enterado de que estás aquí? —murmuró.

—Marv, ¿y si al que busca es a ti?

Keagle se volvió vivamente hacia ella.

—¿Por qué había de buscarme? Sólo nos vimos una vez, aunque, claro, mi intervención le envió a la cárcel. Pero sé que estuvo apenas cinco o seis semanas...

—No lo sé, pero es un hombre terriblemente rencoroso, capaz de concebir odio para siempre a..., a quien sea... Marv, creo que he perdido la tranquilidad...

—Vamos, vamos, aquí estás segura —dijo él, procurando darle ánimos—. Además, mañana nos iremos a Dallas; tenemos que ver tus tierras. Y, a poco que puedas, véndelas. Ah, otra cosa. ¿Sabes?, después de hablar con los enviados de Jaspers, fui a ver a mi abogado. Ya está trabajando en el asunto.

—¿Qué asunto, Marv? —se sorprendió la joven.

—La mitad de mi fortuna. ¿O es que ya no te acuerdas?

Gretchen se enterneció.

—¿Sigues persistiendo en tu idea?

—Esa idea ya se ha puesto en práctica —respondió él.

Los ojos de la joven se humedecieron.

—Marv, me gustaría pagarte de algún modo lo que hacer por mí..., pero, no se me ocurre nada...

Keagle tomó su mano y la palmeó afectuosamente.

—Me basta con saber que tienes resuelto tu futuro —contestó.

CAPÍTULO IX

Keagle consultó el mapa un momento y luego hizo que el coche que había alquilado en Dallas avanzase quinientos metros más. Frenó y movió la mano en semicírculo.

—Tus tierras —dijo.

Gretchen asintió. Luego se apeó del coche. Keagle encendió un cigarrillo y contempló a la joven, parada a poca distancia. Gretchen llevaba un pañuelo anudado a la barbilla, grandes gafas de color y vestía un traje estampado, que le confería un enorme atractivo. Keagle se dio cuenta de que empezaba a sentir por ella algo más que simple afecto amistoso.

El terreno era liso en general, con leves ondulaciones, y caía en pendiente hacia un arroyo tributario del río Trinity. Dallas se divisaba apenas en el horizonte, a una veintena de kilómetros de distancia.

Había algunos árboles y bastante hierba. El lugar, en cierto modo, no carecía de atractivos.

De pronto, Keagle reparó en algo que estaba medio oculto en una pequeña hondonada. Atraído por la curiosidad, saltó del coche y caminó hacia aquel sitio. Gretchen le siguió en el acto.

Momentos después, Keagle divisó un conjunto de viguetas de metal, recién pintadas, así como un gran cajón de herramientas. Un poco más allá, se divisaba el almacén de una gran tienda de campaña, plegada en aquellos instantes.

—Grettie, esto me huele a prospecciones petrolíferas —dijo.

—¿Cómo? ¿Van a perforar sin mi permiso? —se asombró ella.

Keagle divisó también numerosas huellas de vehículos, algunos de los cuales, no cabía duda, procedían de poderosos tractores. Un poco más allá, vio un gran montón de tierra.

—Yo diría que han perforado ya —manifestó.

—Pe..., pero eso no es po... posible... Yo no he dado permiso a nadie...

Repentinamente, se oyó el ruido de un motor. Keagle y la joven volvieron la cabeza al mismo tiempo.

El coche se detuvo en el borde de la hondonada, a unos cien pasos de distancia. Dos hombres se apearon, avanzando en el acto hacia ellos. Uno era portador de una valija de negocios.

Los recién llegados se detuvieron al fin. El de la cartera sonrió.

—Soy Holt Bryne —se presentó—. Mi amigo es Ollie Dunn. Supongo que estoy hablando con la señorita Gretchen Bolton.

La joven movió un poco la cabeza.

—Sí, yo soy, señor Bryne —contestó.

Bryne miró al joven. Ella añadió:

—Es el señor Keagle, mi...

—Asesor y consejero legal —declaró Keagle amablemente.

—Oh, encantado... Señorita Bolton, nos hemos enterado de su estancia en Dallas. Fuimos al hotel, pero nos indicaron que había salido. Por eso hemos venido aquí.

—¿Quién les dijo que me encontrarían en este lugar? —preguntó la muchacha.

Bryne sonrió maliciosamente.

—Usted pidió anoche, a su llegada a Dallas, un plano de la comarca —respondió.

—Tipos listos —murmuró Keagle. Bryne y su acompañante empezaban a resultarle poco simpáticos. En especial, Dunn, un sujeto con aspecto de matón y cuya cara tenía rastros visibles de innumerables peleas.

—En el mundo de los negocios, es preciso ser listo o, de lo contrario, uno acaba siendo devorado —respondió Bryne sin inmutarse—. Bien, señorita, en nombre de la persona a la que represento, voy a permitirme hacerle una oferta por sus tierras. Tengo todos los documentos preparados. Bastará con que los firme y, a cambio, le entregaré un cheque, avalado por un Banco, por valor de sesenta mil dólares. El Banco Mercantil y Ganadero de Dallas es de toda garantía, señorita Bolton.

Gretchen respingó.

—Ha dicho sesenta mil dólares.

—Justamente —confirmó Bryne.

—Marv, es una cifra muy satisfactoria —observó ella.

Keagle levantó una mano.

—Aguarda un momento —pidió—. Señor Bryne, ¿qué significan esos preparativos para perforación de tierras? —preguntó.

—Oh, no preparamos nada —contestó el interpelado—. Simplemente, retiramos los elementos ya utilizados.

—Ah, ya. Pero ¿quién les dio permiso para trabajar en unas tierras que no son suyas?

—Hemos estado buscando a la dueña durante meses. Finalmente, en vista de que no dábamos con ella, hicimos una perforación, en la confianza de que un día aprobaría lo que habíamos hecho. A fin de cuentas, es en su beneficio.

—¡Hum! —dudó Keagle—. Yo diría más bien beneficio de otra persona.

—En todo negocio, hay siempre beneficio, tanto para el comprador como para el vendedor.

Bryne sonreía, pero había cierta expresión de dureza en sus ojos, que no gustó nada a Keagle.

—Marv, ¿qué hago? —consultó la muchacha.

—Grettie, antes de firmar un solo documento, encargaremos un estudio geológico de estas tierras —dijo Keagle. Golpeó el suelo con el pie—. Mientras no sepamos exactamente qué hay aquí abajo, no debemos vender.

—Le advierto que el trozo de la señorita Bolton es el único que falta para completar... la operación —dijo Bryne—. Todos los demás propietarios han accedido, sin dificultades y, la mayoría, por un precio muy inferior.

—¿Qué tiene ella para que se le ofrezca más dinero? ¿Sólo porque es joven y bonita va a cobrar más que los otros?

—Lo siento, pero no puedo contestar a esa pregunta, señor Keagle.

—Quizá pueda hacerlo el señor Jaspers.

Bryne sufrió una especie de sacudida eléctrica. El joven sonrió.

—Creo que he acertado —dijo.

—Bien —contestó Bryne envaradamente—; de todos modos, no es una operación ilegal. Insisto en que es un precio muy favorable. La señorita puede firmar, sin mayores preocupaciones. —Se volvió

hacia Gretchen—. Créame, soy sincero —añadió.

—Gracias, señor Bryne, pero seguiré el consejo de mi asesor. Antes de vender, deseo que se haga un estudio geológico de mi propiedad.

Bryne señaló la valija que tenía en la mano izquierda.

—Si quiere, puedo enseñárselo —dijo—. ¿Acaso piensa que nosotros estamos dispuestos a comprar, sin saber antes qué hay en estas tierras?

Keagle señaló al otro con la barbilla.

—¿Ha traído a ese matón para convencernos? —preguntó.

Bryne se puso furioso.

—Señor Keagle, su actitud no me agrada en absoluto. Es, además de injustificada, hiriente y...

El hombre se calló de súbito.

Arriba, en el borde de la hondonada, había estallado una detonación.

Dunn lanzó un grito de agonía. Estaba frente al joven y Keagle pudo ver en su pecho un horrendo surtidor de sangre, a la vez que notaba un extraño tirón en la hombrera derecha de su chaqueta.

El alarido de Dunn se repitió, horrible, espeluznante. Keagle tuvo la suficiente serenidad para tirarse a un lado. Dunn se llevó las manos al pecho un instante, pero muy pronto se venció de bruces sobre la hierba.

* * *

Volvió el silencio y no se oyeron más disparos. Al cabo de unos segundos, se oyó el distante ruido de un automóvil que se alejaba a toda velocidad.

Keagle se puso en pie y corrió hacia la muchacha.

—No mires —dijo.

Gretchen asintió, muy pálida. Bryne estaba todavía en el suelo, lleno de pánico.

—Han querido matarnos...

—No lo crea —contradijo Keagle—. Si eso fuera cierto, ya no podría hablar.

Bryne miró hacia su inmóvil acompañante y, de pronto, echó a correr. Unos pasos más adelante, se detuvo, inclinándose hacia

adelante, sacudido su cuerpo por violentas arcadas. Al cabo de unos instantes, se enderezó, sacó un pañuelo y se limpió los labios.

—Dispensen —rogó, todavía de espaldas—. No he podido dominarme...

—No tiene que excusarse; es algo muy natural —contestó Keagle—. Señor Bryne, después de lo ocurrido, comprenderá que debemos aplazar la conversación para un momento más adecuado.

—Sí, sí, desde luego...

Keagle se acercó al caído y tomó su pulso. Meneó la cabeza.

—Ya no se puede hacer nada por él —declaró—. Señor Bryne. Es preciso avisar a la policía. ¿Se encargará usted de ello?

—Desde luego. Pero ¿quién ha sido el miserable que disparó contra Ollie?

—Eso quizá lo sepa usted mejor que nadie —dijo Keagle—. Sobre todo, si nos fijamos en la naturaleza de los negocios del señor Jaspers.

Bryne le miró furiosamente, aunque no dijo nada. Al cabo de unos instantes, recogió su portafolios y echó a andar hacia el automóvil.

—Les aconsejo que no se muevan de aquí, hasta que llegue la policía —dijo.

—Aquí estaremos —respondió el joven tranquilamente.

* * *

Era ya de noche cuando llegaban al hotel. Keagle se fue inmediatamente al teléfono y llamó a su amigo.

King no contestó. Al joven le extrañó que tampoco contestase ninguna persona de su servidumbre.

—Habrá salido de viaje y los sirvientes estarán de vacaciones —supuso—. Mañana me informaré en sus oficinas.

Llamaron a la puerta. Keagle abrió y un camarero entró, empujando una mesita con ruedas.

—La cena que han pedido —dijo.

Keagle le entregó un billete de cinco dólares. El camarero dio las gracias y se marchó.

—Grettie, a cenar —exclamó él.

—No tengo ganas —respondió la muchacha.

—Llena el estómago. Lo que ha pasado... ha pasado y no lo puedes remediar. Vamos, acércate.

Gretchen se levantó de mala gana y le miró fijamente.

—Marv...

—¿Sí, encanto? —dijo él, sin mirarla, atento a llenar su plato de ensalada.

—No les has dicho a los policías toda la verdad.

Gretchen rozó con los dedos el pequeño rasgón que Keagle tenía en la hombrera derecha de su traje.

—La bala te pasó muy cerca —añadió.

—Lo sé.

—Ese pobre hombre, Dunn, murió sin culpa...

—Bueno, en esta ocasión, sí. Pero no le llores demasiado. Recuerda lo que dijo uno de los policías, al ver la pistola que llevaba bajo la chaqueta.

—Lo sé. Dijo que casi estaba seguro de que era el asesino de un tal Jack Velarde.

—Exacto. Dunn era uno de los matones de Jaspers. Posiblemente, tenía más de una muerte sobre su conciencia. No es un hecho que debamos lamentar. Quizá haya aún otras cosas peores.

Llenó una taza y Gretchen sorbió lentamente el café.

—¿Qué cosas peores hemos de lamentar? —preguntó.

—La compra de tus tierras. Es un trozo muy pequeño, lo justo para construir una casa con jardín y un poco más, en total, tres, cuatro hectáreas de terreno. Eso no vale sesenta mil dólares y hasta estoy por asegurar que te estafaron cuando lo compraste.

—A mí me pareció un lugar muy agradable, una buena inversión...

—Si —suspiró él—, es lo que les sucede a todos los profanos en la materia.

—De todos modos, hay algo peor que una estafa en la compra de unas tierras, Marv.

—¿Qué, Grettie?

—Los intentos de asesinato de que has sido víctima.

Keagle frunció el ceño.

—Eso si es cierto —convino—. Alguien me persigue, ignoro los motivos, y quiere matarme. Lo ha intentado ya varias veces y

siempre ha fallado el tiro. En cambio, acertó con otros, aunque fuese por error.

—¿Tienes algún enemigo?

—No, en absoluto. Ni siquiera... —Keagle sonrió forzosamente—. Ni siquiera se puede hablar de la venganza de un esposo ofendido.

Ella sonrió, algo más animada.

—¿Significa eso que pudo existir ese marido burlado?

—Oh, no, en absoluto. Al menos con mi conocimiento.

—Una mujer casada siempre complica la existencia, ¿no?

—Supongo, aunque carezco de experiencia sobre el particular.

Keagle miró a la muchacha y sonrió.

—Pero no soy un inexperto —agregó.

Tomó un sorbo de café y se encaminó hacia el teléfono.

—Voy a ver si localizo a Jaspers —anunció.

—¿Para qué? —se extrañó Gretchen.

—Quiero concertar una entrevista. Y tú me acompañarás, Grettie.

Ella se estremeció.

—¿Lo crees necesario, Marv?

—Absolutamente necesario —respondió Keagle con gran énfasis.

CAPÍTULO X

Jed Jaspers se levantó para recibir a sus visitantes, en el lujoso despacho, con una mesa de enormes dimensiones, la cual formaba parte de una estremecedora decoración de tipo futurista. Era un hombre de buena estatura, corpulento y rostro extrañamente juvenil, aunque las arrugas en las comisuras de sus ojos indicaban que había rebasado cumplidamente los cuarenta años.

—Bien, por fin nos conocemos personalmente, señor Keagle —dijo con aire voluble—. Lisa, ¿cómo estás? ¿O prefieres que use tu nombre verdadero?

—El tratamiento correcto es «señorita» Bolton —indicó Keagle heladamente.

Jaspers le miró sorprendido un instante. Luego se echó a reír.

—Bueno, no discutiremos por un detalle tan nimio —dijo—. Pero siéntese, por favor. Encargaré a mi secretaria que traiga café; la hora es temprana para tomar algo más fuerte.

—No se moleste, gracias —contestó el joven—. Hemos desayunado hace poco.

—Entonces, ¿un cigarro? ¿Cigarrillos? Vamos, no digan que no quieren aceptar siquiera un mal pitillo...

—Está bien —dijo Keagle—. Un cigarrillo, por favor.

Jaspers presentó una costosa tabaquera. Gretchen rechazó con un movimiento de cabeza. Keagle cogió un cigarrillo y lo encendió.

—Queremos hablar con usted, señor Jaspers —manifestó—. Y, para dejar bien sentadas las cosas desde un principio, considéreme asesor de la señorita Bolton.

—Muy bien, empiece cuando guste —invitó el aludido.

En primer lugar, citaremos el secuestro de Gretchen. A estas horas, supongo, ya sabe en qué quedó la cosa.

Jaspers torció el gesto.

—Lo sé. Mis muchachos fracasaron... y lo peor de todo es que no he vuelto a tener noticias de ellos.

—Ni las tendrá. ¿Conoce usted el significado de la palabra soborno?

Jasper se puso rígido.

—Los compró —adivinó.

—Exactamente. Les di a elegir entre la policía y cierta cantidad de dinero. No se lo pensaron mucho, créame.

—Tipo listo. ¿Adónde se fueron?

—No importa ahora. Señor Jaspers, ¿por qué quería secuestrar a Gretchen?

El hombre se pasó una mano por la cara.

—Estaba harto de esperar —gruñó.

—Ella no le quiere a usted —dijo Keagle.

—¡Lo sé, diablos! Ya le envié un mensaje hace tiempo. Sí, admito que estuve chiflado por ella una buena temporada. Incluso era una obsesión..., pero conseguí superarla.

—Entonces, ¿qué objeto tenía el secuestro?

—Hombre, ¿no se siente capaz de adivinarlo?

—Quería obligarla a que le vendiese su trozo de terreno.

—¡Claro que sí! Aunque debo añadir que hubiese intentado persuadirla con buenas palabras. Y pienso que habría acabado por convencerla. Si he de serle sincero, lo que quería era hablar con ella y dejar las cosas claras de una vez. Admito que mis procedimientos, en ocasiones, no son muy éticos, pero ahora era sincero, insisto. Y, repito, sesenta mil dólares es un precio muy bueno por esas cuatro hectáreas de tierra.

—Con un solo pozo de petróleo que haya, es más que suficiente para que usted gane el mil por uno.

Jaspers miró al joven como si éste se hubiese vuelto loco súbitamente.

—¿Quién habla de petróleo? —exclamó—. ¿Mencionó Bryne la palabra petróleo en alguna ocasión?

—Por favor, no me tome por un idiota —contestó el joven—. Encontramos restos de las instalaciones de una torre de perforación...

—¡Para encontrar agua!

Keagle sintió que se le caía la mandíbula inferior. Gretchen saltó en su asiento.

—¡Agua! Pero el arroyo pasa a menos de quinientos metros...

—Sí, y durante el estiaje, se seca por completo. En cambio, a mil seiscientos metros de profundidad, corre una vena de líquido inagotable —declaró Jaspers.

—Pero, entonces, ¿cómo no hemos visto el manantial? —se extrañó el joven.

—Una vez que dimos con la vena, ordené taponar la perforación. Cuando ese trozo de terreno me pertenezca, dejaré que aflore el manantial, con la ayuda de una bomba, claro.

—Agua allí... —Keagle meneó la cabeza—. No lo comprendo en absoluto —aseguró.

—Está bien, se lo diré francamente...; pero quiero pedirles su palabra de honor, a los dos, que no divulgarán mis proyectos.

—Conforme —dijo el joven.

—Guardaremos silencio —añadió Gretchen.

—Quiero construir un conjunto residencial en aquella zona. La parcela de Gret..., de la señorita Bolton es la única que me faltaba por adquirir, para conseguir la propiedad de todas aquellas tierras. Un conjunto residencial no puede edificarse si no hay agua en abundancia, eso es todo.

—Vaya, se ha metido a especulador de tierras —exclamó Keagle críticamente.

—Sesenta mil dólares por cuatro hectáreas es un precio muy razonable —contestó Jaspers.

—Siendo así, no creo que haya inconveniente en que acceda a vender, Marv —dijo Gretchen.

Keagle extendió una mano.

—Aguarda un momento —pidió—. Parece que J. J. es sincero, aunque, de todos modos, no me fío por completo. Antes de vender, quiero que Matt King me permita contratar los servicios de sus geólogos.

Súbitamente. Jaspers se echó a reír.

El sujeto reía atronadoramente, golpeándose los muslos con ambas manos, acometido por un incontenible ataque de hilaridad, que hizo aflorar abundantes lágrimas a sus ojos, hasta el punto de correr por sus mejillas en pequeños regueros. Su cuerpo era

sacudido por fuertes convulsiones, hasta el punto de que Keagle llegó a pensar si no se habría vuelto loco.

Al cabo de unos momentos, Jaspers empezó a calmarse. Secóse los ojos, se puso en pie y fue hacia una mesa situada en un rincón, en donde se sirvió un buen trago de *whisky*.

Keagle y la joven guardaban silencio, esperando a que Jaspers diese una explicación de su insólita actitud. Transcurrió casi un minuto antes de que Jaspers se volviese hacia sus visitantes.

—Keagle, lamento decírselo, pero la

King & Texan

Oil ha quebrado.

Acabó el *whisky* y agregó, ante la estupefacción de los dos jóvenes:

—Ha sido una quiebra absoluta y, además, fraudulenta. Matt King ha huido y se desconoce su paradero, aunque se supone que habrá ido a refugiarse a algún país extranjero, por ejemplo, el Brasil, que no concedería su extradición. En estos momentos, las chicas de la

King & Texan

Oil no valen ni el papel en que están impresas.

Era una noticia anonadante. Keagle no sabía qué contestar. Saltaba a la vista que Jaspers era sincero.

—Por tanto —concluyó el sujeto—, creo que a la señorita Bolton le conviene vender si, como presumo, piensa unir su suerte a la de usted, señor Keagle.

El joven se puso en pie.

—Antes de que firme los documentos, deseo comprobar por mí mismo el alcance de esa quiebra —dijo.

Jaspers movió la mano.

—Adelante, muy bien, hágalo; verá como le he dicho la verdad. Como quiera que sea, y para que vean que no trato de aprovecharme de las circunstancias, les diré que sigo manteniendo la oferta de sesenta mil dólares.

—Está bien —dijo Keagle, ceñudo, a la vez que agarraba la mano de la muchacha—. Vámonos, Grettie. Señor Jaspers, tendrá la contestación antes de veinticuatro horas.

—Espero que sea afirmativa —deseó el sujeto plácidamente.

CAPÍTULO XI

—Tú te quedas en el hotel —dispuso Keagle—. Me esperarás allí, hasta mi regreso, ¿entendido?

—Sí, pero ¿qué piensas hacer? —preguntó Gretchen.

—Averiguar qué hay de cierto en lo que ha dicho Jaspers, naturalmente.

—Pero, Marv, ¿cómo es posible que no te hayas enterado de lo sucedido? ¿No decías que King era un gran amigo tuyo?

—Mientras duró la cosa —rezongó el joven—. Y cuando hablé con él, tuvo buen cuidado de ocultarme la verdad...

—Dijo que vendía por veinticinco millones.

—A saber qué malabarismos habrá hecho con las finanzas de la empresa. A decir verdad, yo no me preocupaba gran cosa del asunto; lo había dejado todo en sus manos y... —Sonrió de mala gana—. Me limitaba a vivir como un sultán.

—¿Con o sin harén? —preguntó ella jovialmente.

—Bueno, a veces... Son cosas que pasan, Grettie.

—Sí, Marv.

Keagle agarró el brazo de la joven.

—De todos modos, no tenemos que preocuparnos por el futuro —exclamó—. Mi fortuna permanece sólida, firme como el suelo que pisamos.

—Para mí, eso es lo de menos, Marv —dijo Gretchen, a la vez que le miraba intensamente.

El joven asintió.

—Puede..., pero más vale así —contestó.

Momentos después, Keagle paraba el coche ante el hotel.

—Ve a tu habitación y aguárdame allí —dijo.

—Procura volver pronto —recomendó la joven.

Gretchen quedó unos momentos ante la entrada del hotel, hasta que vio el automóvil desaparecer entre el intenso tráfico. Luego giró en redondo y cruzó el umbral respetuosamente abierta la puerta por un galoneado portero.

Las dos horas que siguieron se le hicieron agónicamente interminables. Al fin, Keagle entró en la habitación y la miró en silencio.

Gretchen esperó unos instantes. Luego dijo:

—Bueno, ¿no puedes hablar?

—Espera un poco. He pedido que me suban una botella de *whisky*.

Llamaron a la puerta. Keagle abrió, se apoderó de la botella y dio una propina al camarero. Gretchen presintió unas noticias muy malas.

El joven empezó a destapar la botella. Gretchen, de súbito, adivinó sus intenciones y, acercándose a él, le arrebató la botella de un manotazo.

—No, no quiero que te emborraches —dijo imperativamente—. No es propio de un hombre buscar en el alcohol el olvido de sus problemas. Afróntalos con valor, con dignidad..., sean cuales fueren y mientras tú no te sientas culpable de lo ocurrido.

Keagle hizo un esfuerzo por sonreír.

—Sí, creo que tienes razón —murmuró.

Recobró la botella, fue al baño y la volcó en el lavabo. Luego, ya vacía, la arrojó a una papelera.

—Gretchen, estoy como el día en que vi a tu madre por primera vez —dijo—. Peor, porque entonces tenía un buen empleo y ahora no lo tengo.

—¿Has perdido... toda tu fortuna?

—Sí. He consultado con los abogados de King. Me han dicho que la quiebra es total y que todos los socios de la compañía debemos responder con nuestros bienes propios. Menos el culpable, claro, a quien no le pueden echar el guante. Ha sido un escándalo financiero de primera magnitud.

Inversiones disparatadas, compras absurdas de terrenos sin valor, pagados poco menos que a peso de oro...

—Pero tú no eres culpable. Marv —alegó ella.

—Querida, en una sociedad mercantil, de la clase que sea, hay

que estar a las duras y a las maduras, esto es, a ganar y a perder. A mí me ha tocado perder, eso es todo.

—¿Y no te va a quedar un dólar de tu fortuna?

—Tendré que vender la casa, los coches... —Keagle enseñó los forros de los bolsillos de sus pantalones—. Estoy así de limpio —indicó gráficamente.

De pronto, Gretchen se echó a reír. Keagle la miró asombrado.

—¿Qué te sucede? —exclamó.

Ella se acercó y le puso ambas manos en la cara.

—No sé por qué, pero me alegro de lo ocurrido —dijo—. Te prefiero así, tal como estás ahora...

—Un pobretón —gruñó él.

—Hace un año, eras un hombre emprendedor. Estabas dispuesto a mejorar, pensabas acabar la carrera, prosperar en la Droxtton Ltd. Considera que te has tomado un año de vacaciones y vuelve a trabajar como antes, eso es todo.

Gretchen inspiró profundamente. Su pecho se marcó con firmes curvas.

—Todo, no —añadió con vehemencia—. Aún nos queda algo de dinero.

—Grettie, yo no...

Ella le besó súbitamente en la boca. Luego se separó de él, agarró el bolso y se encaminó hacia la puerta.

—Responderás del desastre con tu fortuna, pero saldrás adelante, porque puedes hacerlo... y porque yo lo quiero, ¿entendido? —dijo, con la mano en el pomo.

—Muy bien —dijo él, vivamente complacido—. No te muevas, espérame, ¿me oyes?

—Aquí me tendrás a tu vuelta —aseguró Keagle.

Gretchen salió de la habitación, fue al ascensor y bajó a la planta. El portero, a su indicación, llamó un taxi, en el que ella entró sin pérdida de tiempo.

—¿Adónde vamos, señora? —preguntó el conductor.

—Liberty Road, mil trescientos treinta y dos.

—Bien, señora.

Gretchen se arrellanó en el asiento. Momentos después, pasaba por delante de un edificio que se había hecho famoso en el mundo entero. Desde allí se había disparado contra el presidente Kennedy,

un crimen político que había cambiado la historia del mundo. En la ladera herbosa, vio unas flores; alguien las había dejado justo frente al lugar donde Kennedy fue herido de muerte.

Luego se sumió en sus pensamientos. Keagle volvería a trabajar... Sería una vida honesta, sin grandes lujos, pero gozarían de una felicidad sin límites. Era lo que siempre había ansiado... y tenía la plena seguridad de que Marvin era el hombre a quien había esperado toda su existencia.

Al cabo de un rato, asombrada, se dio cuenta de que estaban cruzando los límites de la ciudad.

—¡Oiga! —protestó—. Éste no es el camino de la calle Liberty...

—Ya lo sé, señora —contestó el taxista sin inmutarse.

—Pero yo le he dicho...

—Sé de sobra lo que me has dicho. Gretchen Bolton.

El conductor volvió la cabeza un instante, sonriendo de un modo estremecedor. Ella lo reconoció en el acto.

—¡Sam! ¡Sam Bolton! —exclamó.

—El mismo, mi encantadora hijastra —confirmó el sujeto, a la vez que lanzaba una estentórea carcajada.

CAPÍTULO XII

Eran las tres de la tarde y Gretchen no había dado aún señales de vida. Keagle empezó a impacientarse.

Nervioso, se paseó por la estancia. Encendió un cigarrillo, pero lo apagó a los pocos momentos.

—¿Por qué diablos tardará tanto? —Gruñó.

Al cabo de un rato, se acercó al teléfono y marcó un número. Una voz femenina le contestó en el acto:

—Oficinas del señor Jaspers. ¿Qué desea?

—Quiero hablar con el señor Jaspers, por favor.

—No sé si podrá atenderle. Está ocupado...

—Señorita, sé lo que son unas oficinas comerciales. Usted está ahí para «filtrar» llamadas inoportunas, pero la mía no lo es. Dígale que me llamo Keagle. Es muy urgente.

—Bien, señor, lo intentaré...

Jaspers contestó instantes más tarde.

—Keagle, ¿qué sucede? —preguntó.

—Gretchen ha ido a verle. Estaba dispuesta a vender. Salió del hotel apenas habían dado las doce. No creo que la operación costase tanto tiempo.

—La verdad, no sé de qué me está hablando. Esa chica no ha estado aquí. Se fue con usted, poco después de las nueve y media, y ya no la he vuelto a ver.

—Jaspers, si me engaña...

—Keagle, no sea estúpido. ¿Acaso piensa que la he secuestrado para obligarla a vender?

—No sería la primera vez, me parece.

—Las cosas han cambiado. Le aseguro que no sé nada de ella. ¿No se habrá ido a ver a algún conocido?

Keagle vaciló un momento.

—Bueno, quizá... Dispense, estoy un poco nervioso...

—Le conviene tomar un sedante —dijo Jaspers ácidamente.

Keagle volvió a sus paseos. ¿Dónde diablos había podido meterse la muchacha?, se preguntó una y otra vez.

De repente, estalló el timbre del teléfono. Keagle se precipitó furiosamente hacia el aparato.

—¡Grettie! —gritó.

—Se equivoca, muchacho, soy Jaspers. Escuche, tengo noticias para usted.

—¡Hable pronto!

—La chica salió del hotel, más o menos, a la hora que usted indicó. Tomó un taxi y, al parecer, dijo al conductor que la llevase a algún sitio que no era precisamente mi oficina.

—¿Adónde, por todos los diablos?

—Lo ignoro, aunque sí puedo decirle que se ha ido fuera de la ciudad y, precisamente, en dirección opuesta a sus tierras. Escuche, Keagle, tengo buenos amigos aquí; no soy tan malo como dice la gente, aunque, desde luego, no tengo nada de santo. Moveré mis peones para averiguar qué ha sido de la chica. ¿Entendido?

—Sí, gracias...

—No se mueva del hotel; le llamaré apenas sepa algo.

Keagle dejó el teléfono en la horquilla, profundamente preocupado por la que estimaba incomprensible actitud de la joven. Pero las horas pasaron y la noche empezó a acercarse, sin que Gretchen hubiera dado señales de vida todavía.

Cuando faltaba poco para que se hiciera de noche, sonó el teléfono.

Hirviendo de impaciencia, Keagle se precipitó sobre el aparato.

—¿Gretchen? —exclamó ansiosamente.

Al otro lado de la línea sonó una ronca carcajada.

—Se equivoca, amiguito. No soy Gretchen, pero puedo darle noticias de ella. En realidad, para eso le llamo. Keagle.

El joven se puso rígido. La idea de un secuestro —por segunda vez— empezó a infiltrarse en su mente.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Escúcheme primero. Tengo a la chica en mi poder y la mataré si no cumple mis condiciones. Mañana, a primera hora, vaya al

Banco y reúna medio millón de dólares. Naturalmente, en billetes pequeños y sin numeración correlativa. Méталos todos en una maleta de tela a cuadros y venga a traerme el dinero... Ah, sobre todo, una cosa; no diga nada a la policía o ella morirá, ¿entendido?

—Sí, sí —contestó el joven rápidamente—. Haré todo lo que me dice, pero ¿dónde está ella?

El secuestrador parecía divertirse mucho con las aprensiones de Keagle.

—Hombre, ¿no se le ha ocurrido todavía quién soy yo?

—Dígame dónde está Gretchen. Lo demás no importa en absoluto —rugió Keagle.

—Escúcheme bien, porque no voy a repetírselo por segunda vez. A las doce en punto, estará en el viejo rancho desierto, con el dinero. Cambiaré a Gretchen por el medio millón, eso es todo.

Hubo una corta pausa. Luego el secuestrador añadió:

—No, eso no es todo. Tiene derecho a saber mi nombre. Soy Sam Bolton.

¡«Clic»!

Keagle contempló el teléfono, abrumado por una sensación de total impotencia, contra la que sabía no podía luchar. Aturdido, ni siquiera había sido capaz de decir a Bolton que no ya medio millón, ni siquiera cincuenta dólares podía pagar por el rescate de Gretchen.

* * *

Con aire lleno de naturalidad, Jaspers cortó un trozo de carne, lo mojó en la salsa y se lo llevó a la boca, masticándolo durante unos segundos, con los ojos entrecerrados, como si así disfrutase mejor de su sabor. Luego tomó un sorbo de vino y, finalmente, miró al joven, sentado frente a él.

—Marv, está loco si piensa que voy a prestarle ese medio millón de dólares —dijo al fin, en respuesta a la desesperada petición que le había formulado Keagle momentos antes—. Tengo ese dinero, por supuesto, pero ella no me quiere... y aunque se quedase luego conmigo, por gratitud, sólo tendría un cuerpo hermoso, pero no el alma. Soy más sensible de lo que parece, muchacho.

—Ese hombre está loco. Gretchen sabe que estoy arruinado. Se

lo habrá dicho, pero no habrá querido creerla...

—Sí, me lo imagino —contestó Jaspers con acento voluble—. Los tipos como Bolton llegan a un punto en que se convierten en psicópatas y no razonan en absoluto. Tienen la obsesión de la venganza y eso es todo lo que les importa.

—Pero ¿qué venganza? ¿Qué diablos he podido hacerle yo?

Jaspers se echó a reír.

—Hombre, primero le quitó a la esposa, en cierto modo, claro; se quedó sin un centavo de la herencia, y ahora, la chica también está interesada por usted... No me diga que, para un tipo como Sam, no son motivos suficientes de venganza.

Keagle asintió.

—Puede que tenga razón —convino—. Pero un hombre que quiere vengarse, desprecia el dinero, me parece a mí. ¿No lo cree usted también así?

—¿Qué quiere que le diga, muchacho? Son formas de pensar... Unos desprecian el dinero; son héroes, pero abundan muy poco. Y otros, los más, piensan que el dinero no tiene olor. Yo, por ejemplo.

—Es usted un cínico...

Jaspers se limpió los labios, para volver a tomar otro sorbo de vino.

—Está nervioso, por eso le disculpo —contestó—. En realidad, soy mucho mejor de lo que piensa la gente, aunque, como ya dije, no tengo nada de virtuoso. Pero mi afecto y mi simpatía por ustedes dos no llegan al extremo de desprenderme de medio millón de dólares.

—Si ese bandido de King no hubiese quebrado...

—Era más fachada que otra cosa. Muy inteligente, pero actuaba siempre sosteniéndose con un pie tan sólo. En cuanto tuvo la primera contrariedad seria, ¡zas!, se vino abajo estrepitosamente y dejó colgados a todos sus socios.

—Dígamelo a mí —se quejó el joven amargamente—. Está bien, no tendré otro remedio que ir allí y luchar a pedradas contra ese salvaje.

Jaspers miró críticamente a su joven interlocutor.

—Considerando que él es un gigante y que, además, estará armado, no cabe duda, será la lucha de David contra Goliat. Pero en esa clase de batallas sólo gana el débil una vez.

—No me venga ahora con citas bíblicas —rezongó Keagle—. Está bien —dijo, a la vez que se ponía en pie—; si no quiere ayudarme, ya me las arreglaré yo como sea para rescatar a Gretchen.

De pronto, Jaspers alzó una mano.

—¡Espere!

Keagle había echado a andar hacia la puerta del reservado en donde estaba cenando Jaspers, en un lujoso restaurante, pero se detuvo en el acto y le contempló expectante.

—Mire, muchacho, he pensado en una solución... —dijo Jaspers con aire meditabundo—. La verdad, aunque usted tuviese ese dinero, me fastidiaría mucho que se lo llevase un tipo como Bolton. Creo que hay un procedimiento para rescatar a la chica y acabar con ese bastardo.

—Hable, por favor —pidió el joven ansiosamente.

—Todavía no puedo decirle nada. Tengo que hablar con un amigo... Me debe algunos favores, ¿sabe? Es director de una importante emisora de televisión y también dirige películas para su propia cadena... —Jaspers sonrió, a la vez que meneaba la cabeza—. Una vez tuve que librarle de un peligroso chantajista...

—Pero ¿qué diablos puede hacer ese hombre en un caso de secuestro? —exclamó Keagle, completamente desconcertado.

Jaspers le apuntó con el tenedor.

—Usted también tendrá su papel —dijo—. Sin embargo, ahora no puedo decirle nada más. Vuelva al hotel y tómese un calmante. Mañana, a primera hora, le diré cómo vamos a rescatar a Gretchen. ¿Entendido?

—Sí, señor. Oiga, si lo consigo gracias a usted, no olvidaré nunca...

Jaspers lanzó un bufido.

—Yo tampoco olvidaré que usted me quitó a la única mujer de la que he sido capaz de enamorarme como un colegial en todos los días de mi existencia —contestó sorprendentemente—. Y, en tono más abrupto, añadió: —¡Váyase, váyase antes de que me arrepienta y decida enviarlos al diablo a los dos!

Keagle sonrió. Sentíase más aliviado. Después de oír a Jaspers, tenía la seguridad de que el rescate de Gretchen era cosa hecha.

CAPÍTULO XIII

El viejo rancho del desierto se hizo visible a lo lejos, con los dos olmos y la casi derruida cabaña, destacando con toda claridad en la árida llanura. Detrás del coche que conducía Keagle se levantaba una espesa nube de polvo, que luego se posaba lentamente.

A pocos minutos del mediodía, el calor era sofocante y los rayos del sol caían a plomo sobre aquel lugar. Mientras avanzaba por el camino que conducía a la suave cumbre de la loma donde estaba la cabaña, Keagle observó el panorama. No se veía el menor rastro de torres de perforación. Sí, había una fuente, con sabor a petróleo, pero eso era todo. Acaso se trataba de un depósito subterráneo, construido a propósito para engañar a los tontos, como antiguamente «salaban» las minas, para vender un supuesto yacimiento de oro a algún incauto.

El caso era que había recibido diez millones por el terreno. ¿De dónde había salido aquella enorme suma de dinero? Sólo había una respuesta: King había empleado el viejo procedimiento de pagar a Pablo con el dinero que recibía de Pedro. Pero, inevitablemente, un día se acababan los Pedros... y los Pablos perdían hasta la camisa.

Suspiró. El dinero ya no tenía importancia para él. Gretchen era lo único interesante en su vida.

De repente, cuando estaba a ciento cincuenta pasos de la cabaña, oyó un disparo. El proyectil levantó un chorro de polvo a la izquierda del coche. Keagle frenó en el acto y paró el motor.

Una figura se hizo visible en la puerta de la cabaña.

—Apéese del automóvil, Keagle —ordenó Bolton.

El joven obedeció y levantó las manos, para indicar sus intenciones pacíficas.

—¿Ha traído el dinero?

—Sí. Está aquí, en el coche...

—Quiero ver la maleta. Enséñela.

Keagle se inclinó y sacó la maleta, que mantuvo en alto, para que la viera el sujeto.

—¿Se convence? —preguntó.

—Déjela en el suelo.

El joven obedeció.

—Oiga, quiero ver a Gretchen —dijo—. ¿Quién me garantiza que usted no la ha asesinado?

Bolton lanzó una estruendosa risotada.

—Espere.

El sujeto se metió en la cabaña y volvió a salir a los pocos instantes, sujetando por un brazo a Gretchen. Ella tenía las manos atadas a la espalda y el vestido desgarrado en parte y su cabellera estaba suelta y desordenada.

—¡Marv! —gritó al verle.

—¿Estás bien, Grettie? —preguntó el joven.

—Sí...

—Puede sentirse tranquilo —rió Bolton—. No le he tocado ni la ropa, aunque debo confesar que tuve que atarla, para evitar que se me escapase. Tiene tanto genio como su madre, ¿sabe?

De pronto, Bolton dio un tremendo empujón a la muchacha y la arrojó de nuevo al interior de la cabaña. Luego movió la mano izquierda.

—Acérquese, Keagle.

Los ojos del joven contemplaron aprensivamente el rifle que empuñaba Bolton. Al cabo de unos segundos, se inclinó, agarró el asa de la maleta y empezó a andar.

Bolton volvió a darle una nueva orden, cuando estaba a menos de cincuenta pasos.

—Párese ahí.

Keagle se quedó quieto. Sonriendo torvamente, Bolton movió la palanca de carga del arma y envió un cartucho a la recámara. Los mecanismos del rifle chasquearon nítidamente en el sofocante silencio del mediodía.

—Bien —dijo Bolton—, al fin lo he logrado. Le tengo aquí, a mi merced, viéndole con toda claridad y sin obstáculos que se interpongan ante la mira de mi rifle.

—Como en las anteriores ocasiones, ¿eh?

Keagle había adivinado ya que era Bolton el autor de los fallidos intentos de asesinato, todos los cuales, salvo uno, habían producido víctimas humanas. El gigante asintió.

—Tiene usted..., tenía, mejor dicho, la suerte del diablo, pero se le ha acabado. Cada vez que disparaba contra usted, alguien recibía una bala inmerecidamente...

Keagle miró fijamente al sujeto. Bolton guiñaba los ojos y parpadeaba con frecuencia, a la vez que alargaba el cuello maquinalmente. En aquel instante, supo que Bolton era miope y, o no lo sabía o no quería usar lentes correctores. Eso explicaba, en gran parte, sus fallos de puntería anteriores.

Pero ahora estaba solo y demasiado cerca. Bolton no podía fallar, pese a su miopía.

—¿Por qué quería matarme? —preguntó serenamente.

Bolton se golpeó el pecho con el puño izquierdo.

—Esta tierra es mía, me pertenece a mí... Aquella zorra te la dejó en herencia... Ojalá esté en el infierno la maldita...

—Usted la asesinó —dijo el joven.

—¡Sí! —bramó Bolton—. Se lo merecía y su suerte fue que murió de un balazo, cuando debería haber muerto azotada...

«Es un psicópata, cuya obsesión, en lugar de aliviarse, se ha ido exacerbando con el paso del tiempo», pensó el joven.

—Gretchen me ha dicho que está arruinado, pero yo no la he creído. —Bolton volvió a reír—. Quería salvarte... ¿Pensaba acaso que soy tonto? Ese medio millón servirá para que pueda largarme del país...

—Va a matarme. ¿Qué hará con Gretchen?

Bolton alzó el rifle lentamente.

—No puedo dejarla con vida —contestó.

Keagle se aprestó para saltar a un lado. Todo antes que quedarse inmóvil, sirviendo como blanco a aquel maníaco.

De repente, se oyó un fuerte estruendo.

Bolton miró a lo lejos. Keagle volvió la cabeza.

Dos enormes camiones, cada uno con un enorme ventilador en la plataforma de carga, se acercaban al lugar, a buena velocidad. A unos cien pasos, los camiones viraron y empezaron a moverse paralelamente a la fachada de la cabaña. Al mismo tiempo, los

ventiladores iniciaron un movimiento de giro.

Enormes nubes de polvo se levantaron en el acto y volaron hacia la cabaña. Keagle se inclinó y salió corriendo lateralmente. Bolton blasfemaba a voz en cuello, medio cegado por la colosal tolvanera que levantaban los ventiladores, girando al máximo de potencia, con los camiones parados.

Bolton pareció enloquecer y apretó el gatillo repetidas veces, tirando al azar. Cubierto por el polvo, Keagle llegó a la trasera de la cabaña.

Gretchen asomaba entonces por una de las ventanas posteriores. Keagle la agarró por la cintura y la sacó en vilo, dejándose caer inmediatamente al suelo. Apenas lo habían hecho, sonó un disparo en la otra puerta.

—¡Corre, Gretchen!

Ella obedeció con presteza. Keagle quedó junto a la ventana, con un grueso pedrusco en la mano. Cuando asomase Bolton...

De súbito, oyó un grito de advertencia:

—¡Alto! ¡Policía!

Sonó un espantoso alarido. El rifle detonó una vez. Otras armas de fuego restallaron estridentemente. Luego volvió el silencio.

Keagle se atrevió a asomarse por la ventana. Bolton estaba arrodillado en el suelo, con las manos en el pecho. En la puerta, dos hombres, con ropas de la televisión, le apuntaban con los revólveres.

De pronto, brotó un chorro de sangre de la boca de Bolton. Luego el gigante se venció de bruces y quedó inmóvil.

—¡Keagle! ¿Está bien? —gritó alguien.

—Sí —respondió el joven—. La chica está en buenas condiciones.

Los ventiladores se habían parado. El polvo empezó a posarse en la tierra.

Gretchen se había detenido a unos cien pasos. Keagle salió a su encuentro. Dos hombres corrieron hacia ellos.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó uno de los policías, mientras cortaba las ligaduras que aún sujetaban sus muñecas.

Ella asintió. Keagle pasó un brazo por su cintura.

—Bolton ha muerto —anunció.

Gretchen suspiró largamente, pero no dijo nada. Paso a paso,

emprendió con Keagle el camino de vuelta a la cabaña.

Cuando llegaban allí, vieron aparecer a Jaspers, que sonreía maliciosamente.

—Todo ha salido a la perfección —dijo.

—Usted no me explicó por completo su plan —le reprochó Keagle.

—Era mejor así. Bolton podía haber sospechado.

—Entonces, los camiones...

—Efectos especiales. A veces, es preciso filmar una tormenta en el desierto, simular un huracán... Yo ya conocía este lugar y sabía que la treta daría resultado.

—Sí, lo dio —admitió el joven—, pero los policías...

El rostro de Jaspers se endureció repentinamente.

Bajó la voz.

—Tengo amigos en la policía —respondió—. Bolton debía pagar los malos ratos que ha hecho pasar a esa pobre muchacha. No podía perdonárselo, ¿comprendes?

Keagle miró fijamente al individuo.

—Es usted un mal enemigo, J. J. —calificó.

—Pero también un buen amigo, cuando llega la ocasión.

—Jaspers contempló a la joven y suspiró. —Confío en poder olvidarte algún día. Grettie.

—Gracias, señor Jaspers —contestó Gretchen.

Una ambulancia llegó, seguida de un par de enormes camiones. Jaspers se echó a reír.

—Llega la televisión —anunció, satisfecho—. Filmarán un reportaje, les harán preguntas... Gretchen, no olvides que hay sesenta mil dólares esperándote en mi oficina.

—Iré mañana —prometió la muchacha.

Jaspers dio media vuelta y se alejó. Un oficial de policía se acercó a la pareja, cuaderno en ristre, y empezó a hacerles preguntas. Keagle se resignó a lo inevitable.

Aquella noche, mientras cenaban, empezaron a trazar planes para su futuro.

—Yo iré a ver al señor Droxtton y le pediré un empleo, aunque tenga que empezar de nuevo desde abajo —dijo él—. No me importará en absoluto, te lo aseguro.

—Y si Droxtton no te acepta, no te desanimes. Yo tengo ahora

ciento sesenta mil dólares. Podemos vivir perfectamente, hasta que consigas tu título. No rechaces mi oferta; debo hacerlo... porque tú ibas a darme muchísimo más, y me dolería enormemente que sacases a relucir un absurdo orgullo _t masculino.

Keagle sonrió satisfecho. Alargó sus manos y se apoderó de las de Gretchen.

—De todos modos, antes de dar un solo paso, haremos algo mucho mejor, querida.

—¿Qué, Marv?

—Casarnos.

Ella sonrió.

—Tienes que cumplir la última voluntad de mi padre —dijo—. El matrimonio es la forma de cuidar a una chica desvalida como yo.

—Sí, eso es lo que pienso... Grettie, y ahora que lo recuerdo, ¿cómo te dejaste tu fotografía en el viejo escritorio de la cabaña?

—Creo que me la quitó Sam. La dejaría allí luego... No puedo darte una explicación satisfactoria. Marv.

—Tampoco importa demasiado. Pero ahora habré de enfrentarme con un problema muy desagradable.

—¿Qué sucede, Marv?

—He de reducir mi tren de vida. Los siento por el mayordomo y el ama de llaves; no tendré más remedio que despedirlos.

Sorprendentemente, Sylvanus y la señora Higgins se negaron a marcharse de la casa.

—Y menos, ahora que el señor se ha casado —dijo el mayordomo.

—La señora necesita una mujer que la atienda como es debido —agregó el ama de llaves.

—Estamos dispuestos a trabajar sin sueldo, hasta que las cosas mejoren, señor. Tengo la plena convicción de que el señor sabrá remontar este bache económico y que su situación se tornará satisfactoriamente próspera a no tardar mucho.

* * *

Cuatro semanas más tarde, cuando los señores Keagle dormían apaciblemente, Sylvanus llamó a la puerta.

—Señor... Señor, tiene una visita importante. Es muy urgente...

El joven se levantó malhumoradamente y, tras ponerse la bata, se encaminó al vestíbulo, en donde vio a un hombre, vestido con ropas oscuras y un maletín de ejecutivo en la mano izquierda.

—¿Tengo el honor de hablar con Marvin Keagle? —preguntó el sujeto.

—Lo tiene, aunque la hora sea un tanto intempestiva —respondió Keagle de no muy buen humor—. Si pretende venderme un seguro de vida...

—Oh, señor Keagle, yo no soy agente de seguros —protestó el visitante—. Pero primero, permítame que me presente. Me llamo Edwin K. Radcliffe y represento a una importante empresa petrolífera. Usted, según nuestros informes, es el propietario de unas tierras situadas a unos cien kilómetros de Dallas.

Keagle miró oblicuamente a su interlocutor.

—Sí, es cierto —dijo—. Pero no hay petróleo...

Radcliffe emitió una sibilina sonrisa.

—Permítame que rectifique, señor Keagle. Cuando hay petróleo en un determinado punto del subsuelo, lo importante es saber encontrarlo, cosa que, al parecer, no hizo el señor King.

—Y ustedes, sí... Vamos, que me voy a tragar esa fábula...

Radcliffe abrió su cartera, sacó unos papeles y los puso encima de una consola.

—Nuestra empresa, como apreciará más tarde, es de absoluta garantía. Estudie los documentos... y si lo encuentra todo conforme, cosa que no dudo en absoluto, llámeme para firmar el contrato oportuno.

El visitante sacó una tarjeta del bolsillo de su chaleco y la dejó encima de los papeles.

—Sus tierras, señor Keagle, valen quince millones de dólares —se despidió.

Sylvanus apareció a los pocos instantes, Keagle permanecía aún paralizado por la sorpresa.

—¿Llamaba el señor?

—Sylvan, ¿es usted vidente? —preguntó el joven.

—No entiendo, señor...

—Se lo explicaré más tarde, Sylvan.

—Sí, señor, como guste el señor.

Keagle regresó al dormitorio. Después de quitarse la bata, se

metió en la cama y abrazó el cálido cuerpo de su esposa. Gretchen, todavía adormilada, preguntó:

—Cariño, ¿quién era el importuno que ha venido a despertarnos tan temprano?

—Oh, un chiflado... quería venderme... un chicle que no pierde nunca su sabor...

—¿Para qué queremos nosotros goma de mascar, Marv?

—Eso le dije yo y se marchó.

Keagle sonrió para sí. Más tarde le daría a Gretchen la buena noticia. Ahora...

Empezó a besarla repetidas veces en el cuello. Gretchen se volvió y le abrazó apasionadamente.

—Querido, ¿cuándo te matriculas en la Universidad? —preguntó.

—En estos momentos, prefiero estudiar algo mucho más interesante, Grettie.

—¿Qué, mi vida?

—Tus reacciones, por ejemplo.

Ella sonrió dulcemente.

—Serán las de una mujer enamorada —contestó.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.